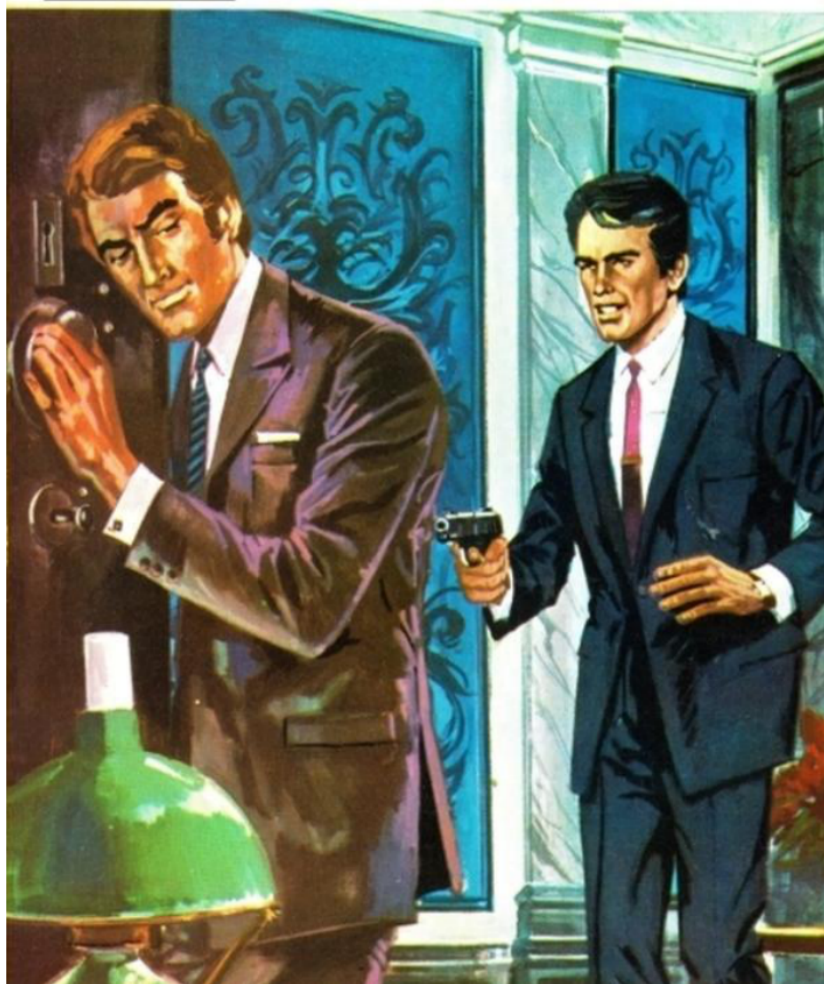


BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

versos para matar

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

VERSOS PARA MATAR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 569

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B. 35.685 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1971

© CLARK CARRADOS - 1971
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre salió de la casa de la colina, en cuya puerta se agitó una mano femenina en señal de despedida. La puerta se cerró y el individuo caminó hacia su automóvil, estacionado un centenar de metros más abajo, en un lugar discreto.

Al fondo, se veían las brumas del puerto. Una sirena emitió un lamento melancólico. En la bocana, los chispazos del faro lucían intermitentemente.

El hombre abrió la portezuela de su coche y se sentó tras el volante. Bajó el cristal de la ventanilla, sacó un cigarrillo y se dispuso a encenderlo.

De pronto, notó junto a sí una presencia extraña. Levantó la cabeza.

—¿Eh? —dijo—. ¿Quién es usted? —preguntó, alarmado.

Había un hombre delante de él, vestido con ropas oscuras y con el sombrero echado sobre los ojos. El contraluz del farol que tenía a sus espaldas impedía captar el menor detalle de su fisonomía.

Las manos del sujeto estaban enguantadas en negro. En la izquierda sostenía un papel. En la derecha, una pistola con silenciador.

—Ponte este papel en la solapa de la chaqueta —indicó el desconocido—. Tiene, incluso, un alfiler.

Art Clover obedeció, temblando de miedo.

—No entiendo... ¿Qué dice este papel? —preguntó.

—No te preocupes. Ya lo leerán quienes encuentren tu cadáver —respondió el desconocido con estremecedor acento.

Clover quiso gritar. Abrió la boca.

La bala que le atravesó la frente fue más rápida que su grito, que quedó muerto en la garganta. Clover pegó un salto convulsivo y quedó en el asiento, con la cabeza echada hacia atrás. La sangre resbalaba por un lado de su cara, pero ni una sola gota salpicó el

papel prendido en la solapa de su chaqueta.

El asesino desapareció misteriosamente, fundiéndose con la neblina que subía del puerto. Clover quedó allí, solo y abandonado en su coche, hasta que una patrulla de policía lo descubrió.

Inmediatamente se dio la alarma. Entonces, los policías pudieron leer lo que había escrito en el papel. Eran versos, muy malos:

Por, sin motivo, piedras tirar,
De un tiro murió Art Clover.
Si el próximo quieres saber
quién será, el ingenio has de aguzar.
Ladrón, estafador y extorsionista,
es el señalado por mi vista,
infalible tras mi pistola justiciera.
¿Quién será? ¿Quién será?

¡Ja, ja, ja!

La secretaria anunció a Lester Hendrix que tenía una visita.

—Es la señora Clover —dijo a través del interfono.

—Hágala pasar —contestó Hendrix escuetamente.

Nancy Clover entró en el despacho momentos después. Era una mujer aún joven, de buena figura y rostro cuya blancura contrastaba con las negras ropas de luto que vestía. Los ojos de la mujer brillaban con fiereza.

—Señor Hendrix —saludó.

—¿Cómo está, señora Clover? —saludó el investigador—. Siéntese, por favor, y permítame que le exprese mis condolencias.

—Perdón, pero detesto esas fórmulas —atajó ella secamente. Se levantó el velo que cubría su rostro y miró al hombre—. Usted es investigador privado.

—Sí, señora.

—Quiero contratar sus servicios.

—¿Para descubrir al que mató a su marido? Señora, de eso ya se encarga la policía de Yarrow Harbour.

—Lo sé, pero no creo que encuentren al hombre que mató a mi esposo. Antes que Art murieron dos más y tampoco han encontrado al asesino.

—Sí, eso es cierto —admitió Hendrix meditabundo.

—Sobre cada cadáver se encontraron unos versos, por cierto detestables, en los que se explicaban los motivos de la muerte de la víctima y se daba una pista para señalar a la siguiente. La policía, hasta ahora, no sólo ha sido incapaz de descubrir al asesino, sino de evitar siquiera la muerte de la siguiente víctima.

—Lo sé, señora Clover.

—Mi marido también fue «marcado». El verso encontrado en las ropas del hombre que murió antes que él decía «por tirar piedras sin motivo». Extraño, ¿no cree?

—Señora, usted conocía bien a su marido. Tal vez pueda encontrar el significado de esa frase... aunque yo no creo que Art Clover se dedicase a apedrear a la gente.

—Era una frase metafórica, pero no hablaremos más de ello —cortó la visitante con sequedad—. Hablemos de usted y de mí, señor Hendrix.

—Sí, señora.

—Quiero que busque usted al asesino, lo localice y lo identifique de un modo que no haya lugar a dudas. Entonces, me llamará a mí.

—¿Para qué, señora Clover? —se extrañó Hendrix.

Ella abrió el bolso, extrajo un cheque y lo depositó sobre la mesa.

—Ése es el precio de mi venganza —dijo.

Hendrix leyó el cheque. Casi saltó en su asiento.

—¡Veinticinco mil dólares! —exclamó.

—Son suyos, señor Hendrix —afirmó Nancy, impasible—. A cambio de ese dinero, yo sólo quiero que me avise cuando haya localizado al asesino de mi esposo.

—Pero, señora...

—¡Señor Hendrix! —dijo ella con violencia—. Mi esposo podría tener sus defectos, pero yo le quería con locura. No me importa lo que hizo, sólo sé que ha muerto y que quiero vengarme. Ese dinero que le entrego es para que ponga usted al asesino en mis manos. Del resto me encargaré yo. ¿Entendido?

El investigador devolvió el cheque a su dueña.

—Lo siento, señora Clover —dijo.

—Pero...

—He dicho que lo siento, señora. No acepto comisiones semejantes.

Nancy se puso en pie de golpe.

—Me informaron mal respecto a usted —declaró.

—Es probable —contestó Hendrix sin pestañear.

Ella cerró el bolso con violencia. Sin decir nada, dio media vuelta y salió del despacho.

Hendrix meneó la cabeza.

—Pobre mujer —se compadeció.

Pero lo que le pedían era una locura. No podía acceder a ello.

Procuró olvidar el incidente. Tenía trabajo.

Poco antes de las cinco de la tarde, la secretaria dijo:

—Señor Hendrix, le llama la señorita Cull, del *Yarrow Magazine*.

—Pásame la llamada, por favor, Betty.

—Al momento, señor.

Hendrix levantó un teléfono de su mesa. Una agradable voz femenina resonó inmediatamente en sus oídos.

—Hola, sabueso —dijo Diana Cull.

—Nada de sabueso. Informes comerciales y cosas por el estilo, guapa —rió Hendrix.

—Y algo más cuando quieres, pollo. Ha estado a visitarte Nancy Clover, ¿verdad?

Hendrix se puso rígido.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Ella me consultó sobre un buen investigador. Yo le recomendé a ti. Eso es todo.

—Sí, pero no hemos llegado a un arreglo.

—Lo sé. Nancy me lo ha dicho, Lester.

—¿Te ha dicho también lo que quería de mí?

—Hombre, yo sólo sé que quería que buscaras al asesino de su marido.

—Cuando lo hubiese encontrado, debía ponerle en sus manos, para que ella se diese el gustazo de meterle tres tiros en la barriga.

Diana se asombró.

—¿Es posible, Lester?

—Hablo en serio, hermosa. Diana, tu amiga me dio la impresión de ser una típica hembra de la especie, mil veces peor que el macho. Me ofrecía una magnífica recompensa, pero no podía

aceptar.

—Lo siento, Lester; ella no me dijo toda la verdad.

—No te preocupes, guapa; por mí, es un asunto cancelado.

—Lástima, yo esperaba algún día escribir un reportaje sensacional para mi revista.

—Con la captura del Asesino Poeta, ¿verdad?

—Imagínate —suspiró Diana—. Un tipo audaz, que explica los motivos por los cuales mata a sus víctimas y que anuncia cuál será la siguiente. A decir verdad, los tres muertos no eran personas demasiado recomendables y la gente empieza a tomar simpatía al Asesino Poeta.

—Lo malo es que él se crea que su justicia es infalible. Entonces, empezará a cometer crímenes a diestro y siniestro y... Oye, ¿por qué diría que Art Clover había tirado piedras? ¿Qué sabes tú de ese asunto?

—Verás, el hecho de que Nancy sea una buena amiga mía, no excluye que yo admita que Art fuese un sinvergüenza. Suministraba materiales de construcción a la municipalidad y se sospechaban irregularidades de él. En cierta ocasión, se envió a un inspector a revisar algunos trabajos. Un camión cargado de piedra volcó sobre el inspector y lo aplastó.

—Vaya un modo de tirar piedras —respingó Hendrix.

—No las tiraba como los estudiantes en revueltas —sonrió Diana—. Pero los efectos eran aún mucho peores. De todas formas, ¿por qué no ayudas un poco a Nancy Clover? Si no lo haces por ella, hazlo por mí... y te lo premiaré como tú digas.

Hendrix se echó a reír.

—Tengo mucho trabajo, pero haré un huequecito para ver si consigo algo —contestó.

—Bien, en tal caso, te daré la que, quizá puede ser la primera pista, Lester.

—¿Cuál es?

—El nombre del conductor del camión que tiró las piedras en nombre de Art Clover —contestó Diana Cull.

CAPÍTULO II

Hendrix estaba convencido de una cosa: en Yarrow Harbour nadie lamentaba la muerte de Clover, salvo su esposa. Al contrario, muchos estimaban que se lo había merecido suficientemente.

En Yarrow Harbour había bastante corrupción, por no decir mucha, pensó Hendrix, mientras se encaminaba hacia el lugar que le había indicado Diana Cull. ¿Quién se había metido a desempeñar el papel de arreglador de todos los asuntos turbios de la ciudad?

—Y vaya una manera de arreglarlos —se dijo, escalofriado, mientras se acercaba a La Sirena de Plata, lugar donde, según Diana, encontraría a Bert Skelton.

Skelton era el conductor que manejaba el camión volquete, cuya carga había caído inesperadamente sobre el inspector celoso de su deber. El siguiente había sentido mucho menos interés por las operaciones de Clover.

¿Tenía viuda aquel inspector? Debía averiguar su nombre, se dijo. Así podría disponer de un motivo para contrarrestar las rencorosas manifestaciones de Nancy Clover. A fin de cuentas, si se probaba lo del inspector de la municipalidad, Art Clover había sido también un asesino.

La Sirena de Plata estaba situada no lejos de los muelles. Era un local grande y espacioso, con abundante clientela, en especial marineros y descargadores. Naturalmente, abundan también las chicas dispuestas a procurar diversión a quien sintiera deseos de aligerar sus bolsillos.

Hendrix se acercó al mostrador y pidió una jarra de cerveza. No lejos de él había una chica, contemplando el local con ojos críticos.

El investigador se fijó en ella. Era una buena moza, de pelo castaño, pecho opulento, cintura delgada y amplias caderas. Por fortuna, su elevada estatura anulaba casi completamente el efecto visual de las ampulosidades corporales.

Era bastante guapa y vestía con cierta moderación salvo en el escote. «A fin de cuentas, tiene para lucirlo», pensó Hendrix.

Miró a la chica. Ella le miró también. Sonrieron.

Hendrix se acercó a ella.

—Hola, preciosa —dijo.

—Hola, buen mozo —contestó la chica.

—Me llamo Lester. ¿Qué quieres tomar?

—Lo mismo que tú. Mi nombre es Chloe.

Hendrix levantó la mano.

—¡Dos cervezas! —pidió. Luego repitió—: Chloe. Un nombre extraño, pero bonito. Me recuerda una leyenda de la antigüedad, la de Dafnis y Chloe. ¿La conoces tú?

—Soy medio analfabeta —respondió ella con buen humor.

Hendrix soltó una risita.

—Eres una chica estupenda, pero no tienes cara de analfabeta —dijo.

—¿Crees que el analfabetismo se refleja en la cara?

—Tal vez, pero eso no importa ahora. Otro día te contaré esa leyenda. Si me lo permites, claro.

—Por supuesto, Lester.

Hendrix levantó su jarra.

—Salud —brindó.

—Salud —repitió Chloe.

Bebieron un poco.

—Esto está muy animado —dijo él, después de limpiarse los labios.

—Así parece, Lester.

—Estoy buscando a un tipo... Quizá tú lo conozcas —dijo él.

—¿Lo crees así?

—Se llama Skelton, Bert Skelton.

Chloe enarcó las cejas. Hendrix se percató del gesto.

—Lo conoces —dijo.

—No, pero me suena —respondió Chloe.

Había varias chicas sirviendo en la barra. Hendrix agitó la mano y acudió una de ellas.

—¿Señor?

—Estoy aguardando a un tal Skelton, cliente habitual de la casa. Haga el favor de avisarme cuando llegue —pidió, con la ayuda de

un dólar.

—Así lo haré, señor —prometió la *barmaid*.

—¿Te interesa mucho hablar con Skelton? —preguntó Chloe.

—Es un asunto de negocios —repuso Hendrix—. Si no lo veo hoy, lo veré mañana. No hay gran prisa, Chloe.

—Ya veo, Lester.

—Más prisa tendría en otras cosas —dijo él.

—¿Por ejemplo?

—En buscar un lugar menos concurrido para tomar unas copas contigo —manifestó Hendrix sonriente.

Chloe entornó los párpados.

—No corras tanto, Lester —respondió.

La *barmaid* se acercó en aquel momento.

—Señor, ahí llega Bert Skelton —indicó.

Hendrix volvió la cabeza. Skelton se acercó al mostrador. Era un sujeto de unos cuarenta años, alto y fornido y de expresión atravesada. Su aspecto no agradó demasiado al investigador.

Skelton pidió un doble de escocés y sacó del bolsillo un rollo de billetes de cierta consideración. Hendrix captó el detalle.

Se volvió hacia la chica.

—¿Me perdonas, Chloe? —rogó.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Vagamente, Hendrix se percató de que había palidecido, pero su atención estaba ahora centrada en el recién llegado.

—Skelton —dijo.

El camionero volvió ligeramente la cabeza.

—Sí —contestó con sequedad.

—Me llamo Hendrix —se presentó el investigador—. Quiero hablar un momento con usted.

—Bueno, desembuche.

—Se trata de Bob Aubert. ¿Lo recuerda usted?

Skelton le dirigió una mirada penetrante.

—¿Qué pasa con Aubert? —preguntó.

—Murió en un accidente desgraciado —dijo Hendrix.

—Lo sé, pero yo no tuve la culpa —repuso Skelton.

—Otros opinan lo contrario —manifestó Hendrix sin pestañear. Skelton se encogió de hombros.

—Fui absuelto —declaró.

—También lo sé. Legalmente, no se le puede imputar nada... pero ¿de dónde ha sacado ese fajo de billetes que tiene en el bolsillo? Un simple conductor de camión corrientemente no lleva los dólares a cientos.

Skelton se puso pálido.

—Ése es un asunto personal mío, en el cual no tiene usted por qué meter las narices —declaró con acento hostil. Agarró su vaso y se fue a una mesa.

Hendrix permaneció un momento quieto. Detrás de él, sonó la voz de Chloe:

—Un tipo poco amable, ¿verdad?

Hendrix se volvió hacia ella.

—¿Eh? Ah, sí, no ha sido nada amable, pero no importa —contestó—. ¿Quieres otra copa, Chloe?

Ella rechazó la invitación con un leve movimiento de cabeza.

—Ya tengo bastante, Lester —contestó—. Me alegro de haberte conocido.

—Yo también a ti, Chloe. ¿Puedo pedirte un favor? Dame tu número de teléfono.

Chloe sonrió enigmáticamente.

—Hasta la vista, Lester —se despidió.

Y se dirigió hacia la salida.

Hendrix hizo un gesto de decepción. Skelton estaba hablando con unos conocidos, sentados todos en torno a una mesa.

—Tendré que esperar a que se vaya —dijo.

De pronto, una de las *barmaid* se inclinó hacia él.

—Señor, le llaman en aquel reservado —indicó.

Hendrix volvió la cabeza. Había una puerta entreabierta, pero no se veía a nadie.

Dejó el mostrador y se acercó a la puerta. Alguien, desde el interior, dijo:

—Pase, Hendrix.

El investigador cruzó la entrada. Había tres individuos en el interior del reservado.

Dos de ellos eran fuertes, altos, corpulentos. El tercero tenía una complexión corriente, pero ofrecía el aspecto de un tipo astuto y

despiadado.

—Soy Zack Hinnis —se presentó el individuo—. Mis amigos Mike y Ben *Patapalo*.

—Encantado —dijo Hendrix, con cara de todo lo contrario.

—Ha estado hablando con Skelton —manifestó Hinnis.

—Sí, es un buen amigo mío.

—Usted miente, Hendrix.

El investigador apretó los dientes.

—¿Sí? —murmuró.

—Usted y Skelton jamás se habían visto antes de esta noche. Le recomiendo que no vuelva a verla jamás.

—¿Es una orden o un deseo? —preguntó Hendrix.

—Tómelo como guste. Ya está advertido.

—¿Qué pasará si no le hago caso?

—De todas formas, iba a pasarle —contestó Hinnis con maligna sonrisa.

Mike metió la mano en el bolsillo y sacó una corta matraca de plomo, forrada de cuero. Golpeó un par de veces la palma de su mano izquierda y luego, con el brazo en alto, avanzó hacia el investigador.

Hendrix lo aguardó a pie firme. Cuando Mike se disponía a descargar el golpe, levantó la mano izquierda y asió su muñeca con dedos de hierro.

Al mismo tiempo, avanzó la mano derecha y clavó dos dedos en los ojos de su antagonista. Mike rugió de dolor.

Hendrix pegó un tirón y se quedó con la cachiporra. Giró en redondo, extendiendo el brazo derecho al mismo tiempo.

La cachiporra golpeó la nariz de Patapalo, arrancándole un alarido. El sujeto retrocedió, desinteresado de la lucha.

Mike saltaba de un lado para otro, completamente cegado. Hendrix disparó la cachiporra.

Hinnis recibió el golpe en un hombro y cayó de espaldas, pies por alto. Hendrix levantó la mesa y se la arrojó encima.

—Hablaré con Skelton cuándo, cómo y dónde se me antoje —aseguró.

Pero ya no pudo ser en la taberna, porque cuando salió del reservado, Skelton ya se había marchado.

CAPÍTULO III

—¿Conseguiste algo, Lester? —le preguntó Diana Cull a la mañana siguiente.

—En cierto modo. Hablé con Skelton, quien se mostró muy reticente —dijo Hendrix—. Me dio la sensación de que es culpable. Tenía dinero en abundancia, ¿sabes?

—No me extraña, Lester.

—Además, hubo unos tipos que me prohibieron ver más a Skelton. Uno de ellos se llama Zack Hinnis. ¿Lo conoces?

—De nombre, sí.

—¿Quién es, Diana?

—Es el secretario personal y hombre de confianza y brazo derecho del todopoderoso James McCody.

Hendrix se quedó sin respiración.

—¡Diablos!

Diana soltó una risita.

—Es para decir «¡Diablos!», en efecto —contestó.

—Muchacha, nunca me imaginé que McCody pudiera tener parte en un asunto tan poco limpio.

—¿Acaso hay algún asunto limpio para McCody?

—Ya —dijo Hendrix pensativamente—. Bien, lo tendré en cuenta, aunque, la verdad, no sé por qué lo hago.

—Por ayudar a una buena amiga mía, Lester.

—Tu amiga olvida que un tal Bob Aubert, inocente y honesto, murió a consecuencia de una orden dada por su esposo. Nancy Clover debería pensar en la viuda Aubert.

—Aubert no estaba casado. Una hermana era su única familia.

—Es lo mismo —gruñó Hendrix—. Bueno, veré de hablar con Skelton nuevamente.

—Se te pagarán los gastos, Lester —anunció Diana.

—Quieres el reportaje, ¿eh?

—Figúrate. Bueno, adiós, tengo trabajo.

Hendrix colgó el teléfono.

Meditó en silencio unos minutos.

Tenía que averiguar dos cosas, en realidad, dos domicilios: el de Bert Skelton y el de la hermana del difunto Aubert.

A mediodía, despachados en gran parte los asuntos propios, salió a tomar un bocadillo.

En la cafetería se encontró con un conocido al que hacía mucho tiempo que no veía.

—Dichosos los ojos —saludó.

Jimmy Frando le dirigió una brillante sonrisa. Era un hombre joven, apuesto, elegantemente vestido, aunque no tanto que pareciese un maniquí. Frando tenía el rostro tostado y la sonrisa fácil y brillante. Hendrix conocía sus éxitos con las mujeres.

Frando era rico, pero no le hacía falta el dinero para conquistar a una mujer. Hendrix conocía infinidad de éxitos debidos a su sonrisa irresistible.

—Estaba dando una vuelta y me entró apetito de repente —explicó Frando.

Hendrix giró la cabeza en todas direcciones.

—Apetito, ¿de qué? —preguntó con jovial suspicacia.

—No seas mal pensado —rió Frando—. Ella no está ahora a la vista.

—Luego hay una «ella».

—Y cuándo no —suspiró el galán—. ¿Qué es de tu vida, Lester?

—Trabajo, trabajo y trabajo. Yo no soy como tú, Jimmy.

Frando se encogió de hombros.

—No tengo la culpa de que mi abuelo y mi padre fuesen unos trabajadores infatigables —contestó—. Se hicieron ricos, pero no disfrutaron de la vida.

—A su modo, sí disfrutaron, Jimmy.

—Bueno, son puntos de vista. Pero yo tampoco estoy ocioso del todo. Tú ya sabes.

—Sí, trabajas en lo que te gusta. Pintor y poeta, ¿no?

Jimmy soltó una risita.

—Abandoné la poesía hace tiempo. Las rimas se me resisten. Los pinceles se me dan un poco mejor. Pronto expondré dos docenas de telas.

—Bueno, al menos trabajas en algo que te gusta. Avísame cuando expongas: iré a contemplar el fruto de tu labor, aunque no te compraré ningún cuadro.

—No son Picassos; estarán al alcance de todas las fortunas —rió Frando.

—Quizá. Jimmy, ha sido un placer.

—Ven un día a mi estudio. Tomaremos unas copas y charlaremos de los viejos tiempos —propuso Frando.

—Aceptaré las copas, pero detesto hablar de tiempos pasados y nada gratos.

—Comprendo. Fue una mala época, ¿verdad?

—Malísima, Jimmy —se despidió Hendrix.

Aquella chica... ¿no era Chloe, la de La Sirena de Plata?, se dijo Hendrix.

Llevaba un pañuelo atado a la cabeza y se cubría con un impermeable de color café oscuro. En la penumbra de la calleja mal alumbrada, la confusión era posible.

El suelo brillaba a causa de la humedad. La chica del pañuelo y del impermeable, había desaparecido ya.

Hendrix aguardaba pacientemente la vuelta de Skelton. Cuando llegase le interpelaría. De grado o por fuerza, el cancionero hablaría del accidente que había costado la vida a Bob Aubert.

Encendió un cigarrillo. Lo consumió. Volvió a encender otro. Pasó una pareja. Iban estrechamente entrelazados. Ella tenía la mano en el interior de la chaqueta del hombre.

Un marinero borracho despertaría más tarde sin dinero. «La historia de siempre», suspiró el investigador.

Más cigarrillos salieron del paquete y cayeron luego de consumidos al suelo mojados. Era ya cerca de la medianoche.

De pronto, sonaron pasos en la calleja contigua. Hendrix se atiesó.

Los pasos cesaron. El investigador creyó oír voces. Luego se escuchó el sonido de unos pasos rápidos, de sonido extraño. «Toc, toc, toc...». Algo batía el suelo con un ruido muy raro, pero lo que fuese se alejó en seguida.

Una silueta apareció de pronto ante sus ojos. Hendrix reconoció el corpachón de Skelton.

A lo lejos, bajo un farol, se recortó una silueta femenina.

Hendrix apenas si reparó en ella, fija su atención en el camionero.

Skelton dio dos pasos más. Se movía irregularmente, observó el investigador.

Repentinamente, Skelton cayó de rodillas. Apoyó una mano en el suelo.

Gruñó algo ininteligible. Hendrix corrió hacia él.

Un líquido oscuro brotaba por una de las comisuras de los labios de Skelton. Hendrix vio en su pecho una mancha oscura que se agrandaba con rapidez.

—¡Skelton! Dígame qué le pasa. Quiero ayudarle.

Los ojos del camionero eran los de un agonizante. Sonaron tacones femeninos.

—Hendrix... —dijo Skelton con voz muy débil—. Sí...

De pronto, se venció hacia adelante y se estrelló de cara contra el suelo.

Los tacones femeninos se alejaron con rapidez. Hendrix levantó la cabeza un instante.

La mujer desaparecía en aquel momento por una esquina. Hendrix se mordió los labios.

Skelton había pronunciado su nombre y una afirmación. Aquel «sí» equivalía a admitir muchas cosas. Pero si Skelton sabía algo más, ya no lo diría. Miró a su alrededor. La calleja estaba desierta.

—Lo más prudente es desaparecer —decidió.

Y así lo hizo.

Chloe estaba sentada a una mesa, jugueteando con una copa medio llena. Hendrix tomó una silla y cabalgó sobre ella, apoyando los brazos en el respaldo.

Acudió una pechugona camarera. Hendrix le pidió un doble de escocés.

—Te veo muy pálida, Chloe —observó a continuación.

—No me encuentro muy bien —alegó la chica.

Doblado sobre una silla había un impermeable de color café oscuro. Hendrix alargó la mano y lo tocó.

—Está húmedo —dijo.

—He venido hace poco. Hay mucha niebla, Lester.

—Sí, claro.

La camarera trajo el pedido. Hendrix tomó un sorbo.

—Chloe, todavía no sé tu apellido —dijo.

—Jones —contestó ella.

—Eres una deliciosa embustera, Chloe.

—Bueno. —Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Has estado hoy en la calle Brooks?

—No conozco muy bien Yarrow Harbour, Lester.

Hendrix bebió de nuevo.

—Tienes una defensiva muy brillante, Chloe. ¿Cuál es tu interés en Bert Skelton?

—Ninguno. No sé quién es ese tipo.

—Estuvo hablando conmigo anoche, a tu lado.

—Ah, ya recuerdo. Repito que no lo conozco.

Un hombre pasó junto a la mesa, cojeando levemente. Ben Patapalo lanzó una mirada maligna al investigador.

Hendrix le sacó la lengua. La nariz de Patapalo estaba todavía muy hinchada.

—¿Le conoces? —preguntó Chloe.

—Un poco —repuso él.

—Dicen que es un mal bicho, un tipo sádico.

—No me extraña en absoluto. ¿Has oído hablar de él?

—Sé que, efectivamente, tiene una pata de palo, aunque lleva una contera muy ancha en la base.

Hendrix se acordó entonces del extraño ruido que había oído en la calleja. ¿Había sido Patapalo el autor del apuñalamiento?

Sería cosa de investigarlo, aunque no aquella noche.

Chloe se levantó.

—Te acompaño —dijo Hendrix.

Ella hizo un signo negativo.

—Gracias, no es necesario. Adiós, Lester.

«Parecía muy impresionada», comentó Hendrix para sí.

Era lógico. No todos los días se veía morir a un hombre asesinado.

Pero ¿por qué no había querido admitirlo claramente?

De pronto, sintió una especie de llamada silenciosa.

Levantó la cabeza. Desde la puerta del mismo reservado, Zack Hinnis le miraba rencorosamente.

El brazo derecho de James McCody, pensó Hendrix. McCody, el todopoderoso presidente del Sindicato Portuario, honesto título que debería ser cambiado por el de banda de forajidos.

CAPÍTULO IV

—He leído la noticia de la muerte de Skelton —dijo Diana Cull.

—Lo sé. Yo lo vi morir —declaró Hendrix.

—¡Lester! ¿Qué estás diciendo? —se asombró la periodista.

—Como lo oyes. Estaba aguardándolo en la puerta de su casa.

No pudo llegar.

—¿Viste al asesino?

—No. Por lo visto, le pegaron la puñalada en la calleja inmediata. Pudo caminar unos pasos, pero cayó en seguida. Yo llegué a su lado... oye, no me citarás en tu reportaje, ¿verdad?

—Descuida. ¿Murió instantáneamente, Lester?

—Casi. No duró ni un minuto. Pero dijo algo muy interesante.

—¿Qué es? ¡Habla, no me tengas sobre ascuas!

—Me reconoció. Pronunció mi nombre y luego dijo «sí».

—¿Sí?

—Sí, Diana.

—¿Sólo eso?

—¿Te parece poco? Con esa afirmación, admitía de una vez todas las preguntas a las que no me quiso contestar la víspera.

Diana se mordió los labios.

—Luego, entonces, mató a Aubert por orden de Clover —dijo.

—Exactamente.

—Hablaré de esto en mi próximo reportaje —prometió la periodista—. Pero ¿por qué lo mataron?

—Hinnis debió de verlo hablando conmigo.

—Ya, comprendo. Un enemigo peligroso el tal Hinnis.

—Lo tendré en cuenta, hermosa.

—Me has dado una información muy interesante. Gracias, Lester.

—Aguarda un momento. Todavía no he terminado, Diana.

—¿Y bien?

—¿Recuerdas los versos que el Asesino Poeta dejó sobre la chaqueta de Clover?

—Por supuesto, Lester.

—Mencionaba a un tipo ladrón, estafador y chantajista, a quien señalaba como su próxima víctima. ¿A quién conoces tú, poseedor de semejantes «cualidades»?

Diana suspiró.

—¡Hay tantos en Yarrow Harbour! —contestó.

—Sí, tienes razón... pero habrá alguno más significado que los otros.

En tal caso, no se me ocurre ningún nombre.

—No te preocupes, nena. Hasta la vista.

—Di mejor hasta que nos oigamos otra vez —rió Diana.

Hendrix cortó la comunicación. Luego pidió a su secretaria que le trajese la guía telefónica.

Buscó el apellido Aubert. Sólo había uno, con la inicial c como complemento del dato, aparte de la calle, Hillswiew, número 77.

—Iré a ver a la señorita Aubert —se dijo.

El número 77 de Hillswiew estaba no lejos del lugar donde había aparecido el cadáver de Art Clover. Hendrix captó el detalle y hasta le preocupó un poco.

La casa era modesta, pero bien cuidada en el exterior, así como el jardincito que la rodeaba. Hendrix subió los dos peldaños que había hasta la puerta y tocó el timbre.

Al otro lado sonó una campanita. Esperó unos momentos.

La puerta se abrió. Una hermosa muchacha, de largos y sueltos cabellos castaños, ataviada con blusa blanca y *shorts* negros, de tirantes muy anchos, apareció ante sus ojos.

Los dos se miraron en silencio unos instantes.

—Conque Chloe es c Aubert —dijo Hendrix al cabo.

—Lo ha averiguado —contestó ella.

—Estoy aquí, ¿no?

Chloe vaciló.

—Pase —invitó por fin.

Hendrix se quitó el sombrero. Con ojos perspicaces, examinó la salita, decorada con buen gusto.

—Le invito a un trago —dijo ella. El tuteo había desaparecido.

—Se acepta —respondió Hendrix escuetamente.

Chloe llenó una copa y se la entregó. Luego se inclinó sobre una mesita y extrajo un cigarrillo de una caja.

Hendrix le encendió el cigarrillo. Chloe le miró a través de las nubes de humo.

—Tengo que darle un consejo —dijo él.

—¿Sí?

—No vuelva a abrir la puerta, sin cerciorarse antes de quién es su visitante.

—Ya miré, ¿qué se creía? —contestó Chloe.

—Y me recibió, a pesar de todo.

Ella se encogió de hombros. Se sentó en el brazo de un sillón y cruzó las piernas despreocupadamente.

—Un día u otro, habría tenido que abrirle la puerta —contestó.

—Es un argumento muy convincente. He venido a hablarle de Bob —dijo él sin transición.

—Lo mató Clover. Ordenó que lo matasen, al menos.

—Skelton lo hizo. Me lo confirmó anoche, antes de morir.

—¿Lo admitió?

—Dijo «sí» y es suficiente.

—Entiendo. ¿Qué más puedo decirle yo?

—Por ejemplo, el motivo de sus estancias en La Sirena de Plata.

—La muerte de Bob. ¿No es motivo suficiente?

Hendrix apuró la copa y la dejó sobre la mesita.

—¿Va a vengar la muerte de Bob? —preguntó.

—Al menos, intentaré que castiguen a sus asesinos —dijo.

—Están muertos los dos —alegó el investigador.

—Se equivoca. Todavía quedan algunos vivos.

—¿Quiénes?

—No lo sé a ciencia cierta, pero lo averiguaré. Clover no era sino la rueda de un engranaje, todo lo grande que se quiera, pero parte de la maquinaria, al fin y al cabo.

—Y usted quiere localizar a los demás componentes de la maquinaria.

—Sobre todo, al constructor.

—¿Tiene alguna idea de quién pueda ser?

—Sólo hay uno. Le llaman El Zar del Puerto.

—McCody.

—Sí. Pero no sólo interviene en el puerto, sino en muchos otros asuntos. Clover era, digamos, el director de la rama de la construcción.

—Entiendo. Ha averiguado usted muchas cosas, Chloe.

—Por supuesto. Y a su extrañeza, le diré que llevo ya tiempo investigando. Por ejemplo, sé que McCody es el verdadero dueño de La Sirena de Plata, aunque legalmente figure a nombre de otro.

—¿Hinnis?

—No, tampoco. Es un hombre de paja, de nula relevancia en este caso.

—Una magnífica investigadora —alabó él sonriendo.

—Y usted, ¿por qué investiga?

—Me lo pidió una dama. Rechacé el encargo. Una amistad me rogó lo aceptase.

—¿Quién se lo pidió, Lester?

—Nancy Clover. Quiere castigar la muerte de su esposo.

Chloe soltó una estridente carcajada.

—La llamaré por teléfono —exclamó—. Le diré lo que era su esposo y también le diré lo que era mi hermano.

—No hará tal cosa, Chloe —prohibió Hendrix severamente.

—¿Por qué no? Ella se queja de que le hayan matado al marido y no hizo sino recibir lo que se merecía. Bob era un hombre bueno y honesto. ¿No hay diferencia entre ambos?

—Sí, pero Nancy Clover es una mujer decente. No la hiera usted. Chloe vaciló.

—Siendo así... Pero Clover era un forajido.

—¿Qué más sabe de él?

—Algunas cosas. Me enteré por casualidad. Yo trabajaba en una de sus oficinas. Empecé a ver cosas que no me gustaban mucho y me despedí. El vino a verme a mi casa. Primero quería que volviese y cuando se dio cuenta de que no cedería, quiso darme dinero. Yo le dije que podía irse tranquilo y que no diría nada. A fin de cuentas, lo que allí pasaba no era de mi incumbencia: lo que sucede es que yo no quería tomar parte en el juego. Clover pareció irse convencido. Al día siguiente leí en los periódicos la noticia de su muerte.

—Lo asesinaron a cien metros de su casa —dijo Hendrix.

—Sí. Por lo visto, dejó el coche en aquel lugar. Yo ya no volví a

preocuparme de él, una vez hubo salido de casa. Pero no ha sido sino hasta ya hace poco cuando me enteré de que él era quien había dado la orden de matar a mi hermano.

—¿No sabía usted que él dirigía negocios de construcción?

—Yo estaba en otra oficina diferente, insisto. Mi trabajo no tenía nada que ver con eso.

—Comprendo. Pero ¿qué espera encontrar en La Sirena de Plata?

—El hombre que mató a Bob era cliente asiduo de aquel lugar. Yo quería obtener informes.

Hendrix contempló a la muchacha con admiración.

—¿Qué hubiera hecho después? —preguntó.

Chloe se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió desanimadamente—. Nada de lo que haga ya podrá devolver a Bob a la vida.

—Sí —admitió Hendrix—. Lamento haberla molestado, señorita Aubert.

Ella dejó escapar una débil sonrisa.

—No ha resultado una entrevista desagradable, después de todo —calificó.

—Gracias.

Hendrix se dirigió hacia la puerta. En el mismo instante sonó el timbre de llamada.

Chloe dio dos pasos hacia adelante. Hendrix extendió una mano y detuvo a la joven.

—Recuerde mi consejo —murmuró.

—Es cierto —sonrió ella.

Se acercó a la puerta y aplicó el ojo a la mirilla. Desconcertada, se volvió hacia su visitante.

—Es un hombre al que no conozco —manifestó.

—Déjeme ver —pidió él a media voz.

Hendrix exploró la entrada. Parado ante la puerta, a un paso de distancia, había un individuo de mediana estatura, rostro afilado y mirada huidiza, vestido con un traje de colores chillones.

El sujeto tenía la mano derecha metida en el bolsillo de su chaqueta. A Hendrix no le gustó mucho aquella actitud. Presentía algo raro en la presencia del individuo ante la puerta de la casa de Chloe.

Impaciente, el recién llegado tocó de nuevo en la puerta. Chloe dirigió a Hendrix una mirada de consulta.

CAPÍTULO V

Hendrix volvió la cabeza a derecha e izquierda. De pronto, vio un cuadro a dos pasos de la puerta y lo descolgó.

—Abra, pero quédese detrás de mí —indicó—. No se ponga delante del umbral en ningún momento.

Chloe abrió la puerta y se echó hacia atrás rápidamente. El desconocido avanzó un paso.

Tenía un frasco en la mano. Estaba destapado.

Hendrix adivinó cuál era el contenido del frasco. El sujeto le miró asombrado y luego, reaccionando, elevó la mano para arrojarle a la cara el vitriolo.

Su gesto fue menos rápido que el de Hendrix, quien golpeó horizontalmente, en semicírculo, procurando al hacerlo que, de saltar el líquido corrosivo, lo hiciera en sentido opuesto a Chloe. El cuadro alcanzó la mano del rufián, desviándosela hacia adentro a la vez que hacía estallar el frasco.

Un horrible alarido se escapó de los labios del sujeto, cuya cara empezaba ya a despedir un repugnante vapor. Chloe se tapó la boca para no chillar.

El rufián retrocedió y cayó al suelo de espaldas. Rodó sobre sí mismo, pero se puso en pie, chillando enloquecidamente. Manoteaba con frenesí, presa de espantosos dolores.

Echó a correr. Hendrix dudó un momento.

El dolor ponía alas en los pies del forajido, quien, después de unos esfuerzos, consiguió pedir socorro:

—¡Jerry! ¡Jerry! ¡Ayúdame!

Hendrix se lanzó tras el atacante, que ya había atravesado el jardín y cruzaba la acera en aquel momento. A sesenta o setenta pasos se encendieron de pronto los faros de un automóvil.

El investigador presintió un peligro inmediato y se tiró al suelo, detrás de la valla. Se oyó el rugido de un motor al acelerar a toda

potencia.

El herido estaba ya en medio de la calle. Los faros le iluminaron de lleno.

—¡Jerry, Jerry! —chillaba frenéticamente.

Pero el coche no se detuvo para recogerle. Todo lo contrario, su conductor aceleró a fondo.

La proa del vehículo alcanzó al rufián, lanzándole a gran altura. Se oyó un ruido estremecedor.

Un cuerpo humano voló por los aires hacia adelante, rodó por él suelo un par de veces y quedó en el camino del automóvil, que proseguía su veloz carrera. El vehículo rebotó un par de veces, cuando las ruedas del lado izquierdo pasaron sobre el cuerpo tendido en el suelo.

Hendrix se incorporó. Las luces rojas de cola del vehículo se perdieron rápidamente en la próxima curva.

—La actitud del sujeto me pareció sospechosa. Por eso me preparé con un cuadro —declaró Hendrix.

El teniente Tolliver hizo un signo de asentimiento.

—Una excelente precaución —calificó.

—Yo pensé que llevaba una pistola y que pretendía disparar contra la señorita Aubert. Sólo vi el frasco de vitriolo cuando ya habíamos abierto la puerta. Naturalmente, me defendí, pero él tenía ya el frasco a la altura de su cara y mi golpe se lo rompió, esparciendo el ácido.

—Tuvo usted mucha vista, señor Hendrix —dijo el policía—. Pero, dígame, ¿por qué pretendían atacar a la señorita Aubert?

Hendrix se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —contestó.

—Me gustaría creerle —rezongó Tolliver.

—Bueno, su hermano murió en un accidente hace meses. Se sospecha que no hubo tal accidente. Quizá esté relacionado con ese asunto.

—Investigaremos en ese sentido. ¿A qué vino usted a verla, señor Hendrix?

—Fue una visita social. Somos amigos.

—¡Hum! —dudó el policía.

—Pero le diré un dato que quizá pueda resultarle interesante. Cuando el atacante huía, llamó a gritos a un compinche. Era el que

le aguardaba con el auto, para ofrecerle una retirada segura. Lo que pasa es que vio las cosas mal y prefirió taponarle la boca.

—Bien, ¿cuál es el dato?

—Pidió socorro, llamando a un tal Jerry. Si identifican al muerto, sabrán qué amistades tenía. Alguno de sus amigos se llama Jerry, teniente.

—Lo tendremos en cuenta, gracias, señor Hendrix.

Un policía se acercó en aquel momento.

—Diga, sargento —habló Tolliver.

—Hemos identificado el cadáver. Era Dick Shame, *el Lavacaros*, señor.

—¿El Lavacaros? —repitió Hendrix, atónito.

—Sí, un apodo macabro. No era la primera vez que usaba el vitriolo en rostros humanos.

Hendrix se estremeció.

—Comprendo —dijo.

El sargento hizo una mueca.

—Si he de ser sincero, esta noche dormiré más tranquilo que nunca —manifestó—. Algunos criminales son más repulsivos que otros. Shame era el campeón de la repulsión.

—Ya está bien, sargento —cortó Tolliver con un gruñido—. ¿Qué ha dicho el forense?

—Los chicos de la *Morgue* están cargando ya el cadáver en la ambulancia, señor.

—Bien, eso es todo por ahora. Quizá necesitemos de usted y de la señorita en otra ocasión —se despidió Tolliver.

Hendrix y Chloe se quedaron solos. Ella estaba aún muy pálida.

—Si se me permitiera, le daría un consejo, Chloe —dijo él.

—Hable —invitó la muchacha.

—Abandone la ciudad. Su vida no parece estar muy segura.

Chloe hizo un signo negativo.

—No. Aquí me quedaré —respondió valerosamente.

Hendrix suspiró.

—Trataré de ayudarla en lo que pueda —prometió. Sacó una tarjeta de visita y la dejó sobre la mesa—. Aquí están mis dos teléfonos, el de la oficina y el de mi domicilio particular. Si le sucede algo, llámeme sin vacilar.

Una fuerte palmada en la espalda desvió momentáneamente la atención que Hendrix tenía centrada en su bocadillo y el vaso de cerveza.

—¡Cómo te alimentas, muchacho! —dijo una voz conocida.

Hendrix volvió la cabeza.

—Hola, Jimmy —saludó jovialmente—. ¿Quieres tomar algo?

—Pediré un escocés —respondió Frando—. Oye, ya sé que andas por ahí haciendo el héroe.

—Bueno, las cosas vinieron rodadas —sonrió Hendrix.

—El tipo pretendía «lavarte» la cara con vitriolo, ¿no?

—A mí, exactamente, no. Pero es lo mismo, Jimmy.

—Sí, ya veo. Me alegro que saliese con bien del apuro.

—En peores me he visto —dijo Hendrix—. Y tú también.

—No me lo recuerdes. A veces sueño que estoy todavía en el helicóptero cuando nos alcanzó el fuego enemigo. Me despierto sudando, créeme.

—Fue un mal trago, en efecto. Te recomiendo lo olvides, Jimmy, como yo procuro hacer.

Frando le guiñó un ojo.

—Lo intento cada momento de cada día —contestó, con una amplia sonrisa, en el momento en que se le acercaba una rubia escultural—. Lester, te presento a Billie, mi modelo preferida. Billie, éste es Lester Hendrix, un buen amigo donde los hay.

La rubia, adornada con una fantástica estola de visón, le tendió una mano.

—¿Qué tal, Lester? —saludó con voz un tanto chillona.

—Hola, Billie —sonrió Hendrix—. ¿Quiere tomar algo?

—Gracias, pero nos vamos ya —cortó Frando—. Billie y yo tenemos trabajo. —Le guiñó un ojo—. Cuando termine el cuadro, Goya y su Maja, van a quedar a la altura del betún, muchacho.

Los ojos de Hendrix recorrieron de pies a cabeza la exuberante silueta de la rubia.

—Jimmy, yo creía que te ceñías exclusivamente al paisaje —dijo.

Frando lanzó una estruendosa carcajada.

—Lester, muchacho, ¿hay paisaje más hermoso que la anatomía humana? —contestó.

—Femenina, claro —sonrió Hendrix.

—Eso ni se discute. —Frando agarró a la rubia del brazo y se la llevó hacia la puerta.

Viéndolos salir, Hendrix meneó la cabeza.

—Genio y figura —murmuró sonriendo.

Hendrix se apoyó en la jamba de la puerta y contempló a la hermosa mujer que se arreglaba el pelo ante el tocador.

—Eres muy descuidada con la puerta de tu casa, Diana —dijo.

La periodista se volvió unos instantes y sonrió.

—Te vi venir desde la ventana y dejé la puerta abierta deliberadamente —contestó.

—Y luego te sentaste a retocarte un poco, para que yo te encontrase más guapa.

—Estaba un poco despeinada, nada más —dijo Diana.

Hendrix se acercó a ella y se inclinó para besarla.

—Oh, oh —dijo la periodista—, cuando vienes tan galante, por algo será. De ordinario, ni te acuerdas de mí y ahora empiezas tu labor, repartiendo besos como si fueran rosquillas.

—Puede haber tiempo para todo —dijo el investigador. La banqueta era larga y se sentó junto a Diana, enlazándola por la cintura—. Para los besos... y para dar y recibir informes.

Buscó con los labios el cálido hueco del cuello y el hombro. Diana estaba agradablemente perfumada.

—Hueles muy bien —añadió.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ella con cierta sorna.

—El apellido de un tal Jerry, compinche de Dick Shame.

—Eso te lo dirán en las oficinas del sindicato —respondió Diana.

—¿Seguro?

—Pregúntaselo a su presidente, McCody.

—Muy alto hay que subir para conseguir la respuesta.

—Shame era uno de los empleados «reservados» de McCody. No figuraba en las nóminas del sindicato, sino en la privada de McCody. Lo mismo que el tal Jerry, me imagino.

—Entonces, ya sé quién me dirá el apellido de Jerry.

—¿Quién, Lester?

—Zack Hinnis.

Diana guardó silencio un momento. Luego se volvió hacia él, con los labios entreabiertos.

—Lester, ¿por qué no me preguntas a mí qué es lo que quiero en

estos momentos? —dijo con voz susurrante.

—No hace falta preguntártelo; la respuesta se lee en tus ojos —
manifestó él, buscando los labios que se le ofrecían tan
tentadoramente.

CAPÍTULO VI

—Hinnis no ha venido esta noche —dijo la *barmaid*, como respuesta a la interpelación de Hendrix.

—Yo creí que era un habitual de la casa —dijo el investigador.

—¿Tiene usted mucho interés en hablarle?

—Un poco —admitió Hendrix con cierta ambigüedad.

—Entonces, ¿por qué no se lo pregunta a Ben *Patapalo*?

—¿Dónde está?

—Hoy no ha venido. Puede que esté en su casa. Llamó por teléfono y una ingenua fue a hacerle compañía.

Hendrix captó el sarcasmo en la voz de la camarera.

—Usted no iría, ¿verdad? —dijo.

Ella entornó los ojos.

—Me gustan otra clase de tipos —contestó insinuantemente.

El investigador puso cinco dólares sobre la barra.

—¿Así que Patapalo vive en...?

—Calle Frost, cuarenta.

—Gracias, guapa.

El billete desapareció en el generoso escote de la *barmaid*.

—Vuelve siempre que gustes —dijo.

Hendrix salió a la calle. La casa donde vivía Patapalo no estaba demasiado lejos.

Aguardó pacientemente una hora. Al cabo de ese tiempo, vio que se encendía una luz en una de las ventanas.

Pasados unos minutos, vio salir a una mujer. Ella se volvió y levantó el puño furiosa hacia la ventana. Luego se alejó, profiriendo una sarta de imprecaciones que hubieran avergonzado a un capitán de barco con las máquinas paradas en medio de un temporal.

Hendrix sonrió. Dejó pasar unos minutos y luego entró en la casa.

La puerta del piso no estaba cerrada con llave. Hizo girar el

pomo y abrió un poco.

Patapalo estaba de espaldas a él, vertiendo licor en una copa. Hendrix entró y cerró con suavidad.

Patapalo despachó el contenido de la copa. De pronto, pareció darse cuenta de que no estaba solo.

Lentamente, se volvió y miró a su visitante. Hendrix sonrió.

—Parece que la inflamación de tu nariz va bajando —comentó.

El forajido guardó silencio.

—Bueno, parece que te has quedado mudo —dijo Hendrix—. Si te parece, hablaré yo. Por ejemplo, de la puñalada que recibió Skelton.

Patapalo no decía nada. De pronto, golpeó el suelo fuertemente con la contera de su pata de madera.

Se oyó un seco chasquido. Una hoja de acero apareció súbitamente en el extremo de la pierna artificial, justo bajo la pernera del pantalón.

Hendrix se enderezó. ¿Cómo había llegado aquel cuchillo al pecho de Skelton?, se preguntó.

Patapalo, sonrió torvamente. Dio dos pasos hacia adelante y, de súbito, pegó un tremendo salto en tijereta.

Hendrix se ladeó desesperadamente. La hoja de acero, afilada como una navaja de afeitar, rasgó la manga derecha de su traje.

Patapalo cayó con singular agilidad y se aprestó a lanzar otro golpe. Pero Hendrix estaba ya prevenido y presentó una silla, en cuyo fondo se clavó el cuchillo.

Esta vez, Patapalo no pudo mantener el equilibrio y rodó por el suelo con tremendo golpe. Hendrix saltó sobre él, con los pies juntos, y se dejó caer sobre el miembro artificial.

Eran casi noventa kilos de peso. Se oyó un fuerte chasquido. Patapalo aulló de cólera.

Se sentó en el suelo. La rodilla de Hendrix le golpeó en la mandíbula y cayó hacia atrás.

El investigador aprovechó la ocasión. Momentos después, tenía en las manos sesenta centímetros de madera muy dura, con una cuchilla de acero junto a la contera. El resto del miembro permanecía unido por el arnés al muñón de la pierna, amputada a medio muslo.

Hendrix probó el mecanismo. Era sencillo.

Pero diabólicamente efectivo.

Patapalo empezó a dar señales de vida.

Al cabo de un rato, intentó levantarse. Cayó al faltarle la mayor parte de su pierna artificial.

—Deme eso —rugió, lívido de rabia.

Hendrix sonreía.

—Asesinaste a Skelton —acusó.

—Yo no.

—¿Quién te lo ordenó?

—Maldita sea, yo no sé nada.

Hendrix se inclinó y arreó un tremendo estacazo en una de las caderas de Patapalo. Se oyó un terrible aullido.

—¿Quién te ordenó matar a Skelton? —insistió el investigador.

Patapalo volvió a rezongar. Hendrix usó de nuevo el improvisado garrote.

El forajido sollozaba.

—Hinnis —dijo.

—Está bien, eso es todo. Me imagino que no me dirás por qué te ordenaron que lo asesinaras.

—No sé más, lo juro —contestó Patapalo, completamente desmoralizado.

Era muy posible, dedujo Hendrix. Había asuntos que los esbirros no debían conocer.

Se dirigió hacia la puerta. Patapalo protestó:

—¡Eh, deme eso! —pidió.

Hendrix le miró sonriendo.

—¿La pata de madera? Anda y busca a un ortopédico —se despidió burlonamente.

Abandonó el piso. Cuando llegaba a la calle, vio erguirse una silueta ante él.

Precavidamente, levantó el improvisado garrote. Una voz de tonos inconfundibles, dijo:

—Cuidado, Lester. Todavía no soy su esposa para que me amenace con una estaca.

—Tiene usted un magnífico humor, Chloe —comentó Hendrix, mientras se alejaban emparejados.

—Como vulgarmente suele decirse, hago de tripas corazón —contestó ella.

—Y me espía.

—En La Sirena de Plata me dijo una chica adónde había ido usted. Decidí esperar a que saliera.

—Comprendo.

—¿Qué le ha dicho Patapalo?

—Lo que ya me suponía. Mató a Skelton por orden de Hinnis.

—¿Le denunciará a la policía?

Hendrix se encogió de hombros.

—¿Para qué? No hay pruebas contra él. Lo soltarían a las veinticuatro horas —respondió.

Chloe se fijó en el garrote.

—¿Por qué lleva esa estaca? —preguntó.

—Es la mitad de la pata de palo de Ben —respondió el investigador.

—Oiga, no me dirá que se lo lleva como amuleto, ¿verdad?

—Bueno, por lo menos, alejo la mala suerte un poco. ¡Mire, Chloe!

Hendrix se acercó a la pared de una casa y golpeó con fuerza. La cuchilla apareció en el acto.

Chloe lanzó un grito de asombro.

—Un arma repugnante —calificó.

—Sí, en efecto.

—Pero ¿pudo matar a Skelton con la pata de madera?

—Sí. Por lo visto, está muy entrenado. Salta con mucha agilidad, hace una tijereta en el aire y el cuchillo alcanza el pecho o quizá el cuello, según la estatura del adversario.

Chloe se estremeció.

—¿Cómo puede haber gentes así? —murmuró.

—Estamos en un pícaro mundo, donde todo tiene cabida —contestó él, con acento sentencioso.

—Y si alguien intenta ser honrado, lo asesinan.

—Al final, el crimen pierde siempre.

—Los que ordenaron la muerte de Bob están vivos. Y no olvide lo que quisieron hacer conmigo.

—Lo recuerdo perfectamente y ello me preocupa un poco, Chloe.

—A mí, ya no, Lester.

Hendrix se sorprendió.

—¿Cómo?

Ella sacó un revólver del bolsillo de su impermeable.

—No me gusta llevarlo encima, pero tampoco quiero que me encuentren desprevenida —contestó.

—Temo que tu visita a Hinnis será una pérdida de tiempo —dijo Diana.

Hendrix bostezó.

—Diana, cariño, ¿por qué me despiertas tan pronto? ¿Es que tú no duermes jamás?

—Precisamente vengo del periódico, con la noticia fresca todavía. La policía del puerto ha encontrado un cadáver dentro. ¿Adivinas quien es el muerto?

—Jerry —dijo Hendrix con los labios muy prietos.

—Justamente. Jerry Murphy. Le metieron un tiro en la nuca.

—Dick Shame muerto, Jerry Murphy muerto... así, ¿quién habla?

—Tienes razón, Lester. He hablado con Nancy Clover y se siente horrorizada. Nunca creyó que su esposo pudiera haberse mezclado con semejante cuadrilla de asesinos. Va a abandonar Yarrow Harbour.

—Hará muy bien, preciosa.

—Ah, tengo que darte otra noticia. ¿Recuerdas el último mensaje en verso del Asesino Poeta?

—Sí, claro, ¿cómo olvidarlo?

—La poesía apuntaba a un ladrón, estafador y chantajista. Se llama Jaroslav Hlinka.

—¡Cuántas cosas sabes, Diana! —exclamó él, admirado—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie..., hasta cierto punto. Pero yo he llegado a hacer algunas deducciones y me las confirmó el teniente Tolliver.

—¿Y bien, Diana?

—Las últimas tres víctimas del Asesino Poeta eran gente de relieve. Según Tolliver, en su género, Hlinka es el más caracterizado de Yarrow Harbour.

—Entiendo. Oye, ese apellido parece centroeuropeo.

—Sí, es hijo de unos inmigrantes checoslovacos.

—¡Caramba, sí que se ha adaptado bien a los usos y costumbres del país! —comentó Hendrix con sorna.

CAPÍTULO VII

Jaroslav Hlinka se paseaba nerviosamente por el elegante salón de su casa. El policía que estaba sentado en un sillón le contemplaba con sonrisa irónica.

—Será mejor que se calme, señor Hlinka —aconsejó.

—Lo mejor que podía ocurrirme es perderle a usted de vista —graznó el dueño de la casa.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, fofo y medio calvo, de ojillos menudos y manos inquietas. El policía señaló la mesita del teléfono.

—Por mí, no hay inconveniente —contestó—. Llame a mi jefe y dígaselo. Estaré mucho mejor en la cama que viéndole a usted, pasearse como un león enjaulado.

—No tienen derecho a ponerme vigilancia —protestó Hlinka—. Yo no la he pedido y no me considero un delincuente.

El agente Ray Decker le miró de un modo singular. «¿A quién vas a convencer de tu inocencia, forajido?», pensó. Pero, oficialmente, Hlinka era una persona decente y no podía emitir en alta voz juicios aventurados.

—Yo sólo cumplo órdenes, señor Hlinka —se defendió una vez más Decker.

—Está bien, está bien, no me dé más la murga. Lo que debía hacer el teniente Tolliver es encontrar a ese asesino que se dedica a matar a la gente haciendo versos.

—Mi jefe dice que son los versos lo que los matan, no las balas —dijo Decker jovialmente.

—Eso no tiene ninguna gracia. Además, la amenaza de ese bandido puede estar dirigida contra otra persona.

—Claro. ¿Cree que es usted al único a quien vigilamos?

Hlinka emitió un gruñido. Luego se dirigió hacia la puerta del salón.

—¡Eh! ¿Adónde va usted? —exclamó Decker.

El dueño de la casa le miró desafiante.

—Al cuarto de baño —contestó—. ¿Es que ni a ése sitio puedo ir?

Decker se puso en pie.

—Por supuesto, pero deje antes que lo examine; no quiero que corra usted ningún peligro.

—Estamos a doce pisos de altura —dijo Hlinka despectivamente. Extendió la mano con un burlón ademán de cortesía—. Pero ya que lo estima necesario...

El policía no contestó. Abandonó el salón y alcanzó el cuarto de baño.

—¡Qué lujo! ¡Qué elegancia! —exclamó desde la puerta—. Aquí podrían asearse un batallón de soldados.

—Me basta para mí —bufó Hlinka—. ¿Puedo pasar o no? —preguntó, impaciente.

—¿Es que no se puede aguantar un minuto? —replicó Decker, irritado.

Había una ventana en la pared opuesta. Decker cruzó el cuarto de baño, la abrió y asomó medio cuerpo fuera.

Una cornisa de treinta centímetros de anchura corría a lo largo de la fachada y al pie de la ventana. Decker la exploró con su linterna.

—Sin novedad —informó.

—Muy bien. Ahora aguarde afuera, hombre.

—Claro, claro —dijo Decker, riendo entre dientes.

Hlinka se acercó al lavabo y abrió el grifo. Tenía las manos húmedas de sudor.

Fuera, un gancho forrado de goma se sujetó en la cornisa. Un hombre vestido de negro trepó ágilmente por la cuerda unida al gancho.

Una mano enguantada abrió silenciosamente la ventana. Hlinka estaba secándose las manos.

El intruso pasó una pierna por el alféizar. De debajo de un jersey negro sacó una pistola con silenciador.

—Hlinka —llamó suavemente.

El dueño de la casa se volvió. Un vivo terror se reflejó en sus facciones.

La pistola escupió una silenciosa llamarada. Hlinka se arrodilló primero y luego se tumbó en el suelo embaldosado.

El asesino entró rápidamente y prendió a las ropas del caído un papel, con un alfiler. Luego escapó por el mismo sitio.

Ray Decker empezó a alarmarse al ver que Hlinka tardaba demasiado en salir del baño. Se acercó a la puerta y llamó un par de veces.

—¡Señor Hlinka!

Nadie le contestó. La puerta estaba cerrada por dentro.

Decker cargó con el hombro. En un segundo se hizo cargo de la situación.

Juró. Maldijo. Luego corrió a avisar a su jefe. Regresó más tarde al cuarto de baño y se arrodilló para leer el verso escrito por el asesino:

Robar, estafar y extorsionar,
llevan siempre a un mal final.
Si el próximo quieres saber,
la clave has de conocer.
Donde debe haber cuatro ases,
cinco salen a veces.
¿Quién será? ¿Quién será?
¡Ja, ja, ja!

—Como poeta es detestable —comentó Hendrix a la mañana siguiente, mientras Chloe le servía una taza de café.

—Pues qué quiere que le diga —contestó ella—. A mí me parece que es mejor poeta de lo que aparenta.

—¿Cómo? —se sorprendió el investigador.

—Bueno, no sabría cómo definirlo. Es como esas personas elegantes, que visten de cualquier modo en ocasiones. Siempre se les nota que son gente de clase, ¿comprende?

—Más o menos —sonrió Hendrix—. Pero es mejor tirador que versificador.

—Yo diría más bien que es un humorista de tomo y lomo, dejando aparte sus crímenes.

—Quizá. Pero aunque las víctimas sean personas nada honorables, no es ése el procedimiento para suprimirlas, Chloe.

Ella se encogió de hombros.

—Lo único cierto es que la gente muestra simpatía hacia el Asesino Poeta, Lester —contestó.

—Mire, Chloe, hay cosas que no se pueden tolerar, por mucho que, en el fondo, nos agraden. A la gente le gustan los actos del Asesino Poeta, conforme; y no niego que no encierren justicia. Pero ¿qué pasaría si todos pensáramos como él? Resolveríamos nuestras querellas a tiros, ¿no? No habría jueces, ni tribunales, ni policía.

Chloe suspiró.

—¿De qué le sirvió todo eso a mi hermano? —se lamentó—. El confiaba en la ley, en la justicia, en la policía, y murió asesinado.

—Esto es como una especie de guerra y siempre hay víctimas inocentes —dijo Hendrix.

—Lester, no trate de hacerme ver las cosas bajo otro prisma. Yo no compadezco en absoluto a las víctimas del Asesino Poeta. Puede que no apruebe sus acciones, pero ya que Clover y Hlinka, entre otros, están muertos, y conocemos la clase de gente que eran, no espere que llore por ellos.

Hendrix tuvo que convenir consigo mismo que la muchacha tenía una buena dosis de razón.

Chloe le miró sonriendo.

—Dispénsame, pero creo que me he dejado llevar un poco de los nervios —declaró.

—No se preocupe —Hendrix dejó la taza vacía sobre la mesita y se levantó—. Solo vine a dar una vuelta y ver cómo estaba.

—Perfectamente, Lester. Oiga, tengo una duda.

—¿Sí, Chloe?

—Bueno, me imagino que usted también la tendrá. Me refiero a la clave que dejó el Asesino Poeta.

—Es verdad. «Donde debe haber cuatro ases, a veces salen cinco», más o menos, así decía el mensaje, ¿no?

—En efecto. Me pregunto qué significa, Lester.

—No tengo la menor idea por ahora —dijo Hendrix—. Pero es una clave sencilla, de eso no hay duda.

—Tan sencilla, que no damos con su significado.

Hendrix sonrió.

—A veces, tenemos la solución de un problema delante de las narices y no sabemos verlo. Luego, una ligera indicación basta y...

Bueno, opino que lo mismo pasará con la clave que señala la próxima víctima del Asesino Poeta.

—Es posible, Lester.

El investigador se puso en pie.

—Tengo que irme —se despidió—. Vigile bien, Chloe.

—Descuide —contestó la muchacha.

—A mí me da la sensación de que el Asesino Poeta está haciendo limpieza en la ciudad —dijo Diana Cull a través del teléfono.

—¿Tú crees?

—Sí, hombre sí. Se sabe que Clover y Hlinka estaban relacionados entre sí, como los dos anteriores víctimas de este vate. Cada uno tenía su negocio, desde luego, pero me parece que formaban parte de una misma organización.

—Pudiera ser —dijo Hendrix pensativamente.

—Yo opino que es así —insistió la periodista—. Hay grandes empresas que no fabrican sólo motores de automóviles, por ejemplo, sino también otras cosas. Cada división tiene su director, ¿comprendes?

—Y lo mismo está pasando aquí.

—Efectivamente, Lester.

—Pero en toda gran empresa hay siempre una cabeza suprema.

—Exacto.

—Y... ¿quién es el jefazo en esta empresa que alguien tiene interés en destruir a tiros acompañados de versos?

—¿No te lo imaginas, Lester?

—¿McCody?

—Sí.

Hendrix reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—Hay una nueva víctima en perspectiva, Diana.

—Yo ya me supongo quién es, Lester.

—¿Hablas en serio? —saltó Hendrix, muy excitado.

—Sí, cariño. El mensaje del Asesino Poeta habla de cartas de la baraja. ¿Qué se dice cuando alguien se saca un as de la manga? Había cinco ases en el juego, ¿no?

—Sí, claro.

—Y el tipo señalado, por tanto, es Larry Compton.

—El dueño del Honey Club.

—El mismo, Lester. Tiene salas de juego y se rumorea que es

muy difícil ganar cantidades importantes. Tú puedes ir allí y quizá ganes unos cientos de dólares. Pero no se conoce de nadie que haya hecho saltar jamás la banca. En cambio, se sabe de algunos que ganaron grandes cantidades y las perdieron de una manera no muy clara.

—Trampas.

—Exactamente. Ya lo dice el mensaje del Asesino Poeta. Donde debe haber cuatro ases, a veces salen cinco. Si no se refiere a Compton, que es el más importante pez gordo de Yarrow Harbour en la especialidad, es que soy tonta de remate.

—Tú no tienes nada de tonta —rió Hendrix.

CAPÍTULO VIII

Era difícil probar que en el Honey Club se hacían trampas, si no se arriesgaba una buena cantidad de dinero y Hendrix, aunque no andaba precisamente en apuros económicos, tampoco tenía demasiados deseos de perder unos cuantos billetes.

Paseó por las distintas salas del local, tratando de observar los movimientos del personal. Todo parecía en orden. Compton iba aquí y allá, saludando a los clientes más conspicuos, siempre con una sonrisa a flor de labios o una frase amable dirigida a las damas conocidas.

Hendrix lo observó disimuladamente. Compton era un sujeto de unos cuarenta años, alto y de buena planta, con aspecto de galán de cine maduro, pero su nariz aguileña le confería un aspecto inconfundible de ave de presa.

De pronto, el investigador se quedó parado.

—¿Estoy soñando?

Chloe Aubert estaba en pie, junto a una mesa de ruleta, con un montón de fichas delante de su puesto. La joven estaba deslumbradora, con un vestido largo hasta los tobillos. Pero salvo unos pedacitos de tela por delante, podía decirse que el traje de fiesta empezaba en la cintura.

—¡Cielos, qué audacia!

La bolita de la ruleta cayó en un número y Chloe ganó, lo que le hizo palmotear de entusiasmo. La pila de fichas aumentó en su sitio.

De repente, Hendrix sintió un golpe en la espalda.

—¡Bonita manera de trabajar! —dijo Jimmy Frando—. ¿Has venido a derrochar el dinero de tus clientes?

—Hombre, Jimmy, uno también tiene derecho a divertirse de cuando en cuando, ¿no te parece?

Hendrix miró a la escultural acompañante de Frando. Era una hermosa morena, vestida con singular elegancia y de audaz escote.

—Es Babee Growland —presentó Frando—. Babee, un buen amigo, Lester Hendrix.

—¿Qué tal? —saludó Babee lánguidamente.

—¿Tu nuevo modelo, Jimmy? —preguntó Hendrix.

—Así es, Lester. ¿Qué, no te animas a jugar unos dólares a la ruleta?

—No. Considero más interesante observar la fauna humana. Con perdón de Babee.

—No hay nada que perdonar, amigo —dijo la supuesta modelo.

De pronto, se oyeron unos fuertes murmullos. Sonó un gritito de alegría.

—Vaya, parece que hay quien gana en abundancia —comentó Frando—. Alguien con suerte, sin duda. Yo no la he tenido jamás en el juego.

—Tienes a Babee al lado. ¿Te parece poca suerte? —rió Hendrix.

El montón de fichas de Chloe había aumentado de un modo impresionante. Hendrix empezó a sentir negros presentimientos.

Había allí varios miles de dólares, probablemente, más de diez mil. Hendrix recordó los comentarios de Diana Cull.

Nadie había ganado jamás sumas importantes en el Honey Club. ¿Iba a ser Chloe la excepción?

—Me dispensas, ¿verdad, Jimmy? —se despidió de su amigo—. He tenido mucho gusto en conocerla, Babee.

El investigador se separó de la pareja. Dio la vuelta a la mesa de ruleta y se situó frente a Chloe. La muchacha estaba encamada por la excitación del momento.

Abundaban entre sus fichas las de cien dólares. Hendrix vio también unas cuantas de mil. Chloe andaba ya por los quince mil dólares, calculó.

Sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Chloe acertó de nuevo en la puesta y volvió a palmotear.

—Les va a desbancar —murmuró.

La caja de fósforos se le escurrió de pronto entre los dedos y cayó al suelo. Era un gesto deliberado, naturalmente.

Se agachó. Estaba justo tras el *croupier* que dirigía el juego en la mesa de ruleta. Con rápida mirada, examinó el suelo. Sí, allí se divisaba una ligera protuberancia, ligeramente delante y a la derecha del pie del *croupier*.

Se enderezó. Compton vino momentos después.

Hendrix captó la mirada de inteligencia que el dueño del local dirigía a su subordinado. El *croupier* asintió con un pestañeo imperceptible.

La bolita volteó en la ruleta. Chloe había apostado fuerte, un buen montón de fichas.

Hendrix metió el pie izquierdo por debajo en el momento oportuno y bloqueó el del *croupier*. Un segundo más tarde, la bola caía en el número de Chloe.

Hubo un murmullo de admiración. La muchacha casi chilló.

Compton estaba atónito. Hendrix sonreía. A su lado, el *croupier* se hallaba terriblemente confuso.

—Ya no juego más —decidió Chloe de pronto.

Hendrix lanzó un perceptible suspiro de alivio. Se separó de la mesa y maniobró para acercarse a la muchacha.

—Felicidades, Chloe.

Ella le dirigió una mirada de júbilo.

—He ganado —exclamó.

—Ya lo veo —dijo él—. ¿Quiere que la ayude a llevar las fichas?

—Con mucho gusto, Lester.

Un camarero trajo una bandeja y las fichas fueron a parar a ella. Hendrix se dirigió a la caja, acompañado por la muchacha.

—Tendrán que ir al despacho del señor Compton —manifestó el cajero.

—Ah, muy bien —aceptó Chloe con naturalidad.

Hendrix bajó la voz.

—Déjeme que yo actúe —pidió.

Ella hizo un leve gesto de asentimiento.

—O.K!, Lester.

Instantes después, entraban en el despacho de Compton. Había dos sujetos más con el dueño del local. «Gorilas», pensó Hendrix.

—La felicito, señora —dijo Compton con sonrisa del conejo—. Ha ganado usted una importante suma. ¿Me permite que mis empleados cuenten las fichas?

—Por supuesto —accedió Chloe.

Los gorilas iniciaron la operación inmediatamente. Compton les invitó a una copa.

—Tenía ya la garganta seca —declaró la muchacha.

—Es lógico, la emoción del juego —dijo Compton—. ¿Usted no juega, amigo Hendrix? —preguntó.

—Tengo siempre muy mala suerte —sonrió el investigador.

—En cambio, la mía ha sido magnífica —exclamó Chloe—. Jamás me había pasado una cosa semejante.

—Espero que vuelva pronto por aquí, señorita —deseó Compton.

—Claro —respondió ella.

Uno de los gorilas dijo de pronto:

—Señor Compton, el importe total son veintinueve mil ochocientos diez dólares.

—¿Tanto? —se asombró Chloe.

—Dio unos golpes muy buenos, señorita —sonrió el dueño del local—. Si no le importa, le extenderé un cheque.

—Perdón —terció Hendrix—. La señorita Aubert prefiere contante.

Hubo un momento de silencio.

—Mi firma es buena —dijo Compton al cabo.

—No me fío —declaró Hendrix secamente.

—Por favor, modere su actitud. Estoy tratando de ser correcto. Haga usted lo mismo, Hendrix.

—Repito que no me fío. Ella quiere billetes.

Compton volvió los ojos hacia Chloe.

—Sí —confirmó la muchacha.

—No tengo tanto dinero a mano —alegó el dueño del Honey Club—. Hay mucho por las mesas... y cuando pierdo sumas importantes, siempre extiendo cheques. Jamás me ha devuelto el Banco uno solo.

—Billetes —dijo Hendrix fríamente.

Los gorilas de Compton estaban alerta. Hendrix lo advirtió en seguida. Sólo esperaban órdenes de su dueño para actuar.

—Le digo que...

—Billetes —cortó el investigador—. O empezaré a creer que es cierto lo que dicen de su casa de juego.

—¿Qué es lo que dicen, si se puede saber? —preguntó Compton.

—Nada bueno. Y la pregunta sobra, porque usted lo sabe mejor que nadie.

—Hendrix, me disgustaría que esta reunión acabase de mala manera.

La amenaza latía en la voz del dueño del club.

Hendrix no se inmutó.

—Por tercera y última vez, Compton. Ella quiere billetes —dijo.

El pecho de Compton se dilató.

—Firmaré un cheque. Es la costumbre —respondió.

—Muy bien.

Hendrix se fue hacia la puerta. Apoyó la mano en el pomo y se volvió hacia Compton.

—Voy a gritar para que se examine el suelo, junto al *croupier* de la mesa de ruleta, y se hagan pruebas de frenado de la bola. Se organizará un buen escándalo, créame, Compton.

El individuo estaba lívido. Hendrix sonreía.

—Yo frené el pie que iba a frenar la bolita, para que ella perdiese todo lo que había ganado —confesó—. Y ahora, Compton, ¿prefiere que la cosa quede entre nosotros o lo hago público... y se arruinará para siempre?

Hubo un momento de silencio. Luego, sin despegar los labios, Compton se dirigió hacia la caja fuerte que tenía empotrada en uno de los muros de la estancia.

El silencio duró aún algunos minutos más. Hendrix vio un periódico sobre la mesita y lo cogió para envolver el dinero.

En primera plana traía una información sobre la muerte de Hlinka, con una copia de los versos escritos por el asesino. Hendrix sonrió, mientras arrancaba un trozo de papel con los versos y lo dejaba sobre la mesa.

Envolvió el dinero y miró a Compton.

—Parece ser que es cosa de devolver la buena fama a su local —dijo.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Chloe.

—Aquí ya no tenemos nada que hacer —respondió Hendrix.

Abrió la puerta. De espaldas a Compton, le fue imposible ver el gesto que hacía éste, dirigiéndose a sus gorilas.

—Quiero tener el dinero de nuevo antes de la madrugada —ordenó.

CAPÍTULO IX

—Chloe, Chloe, ¿está loca? —dijo Hendrix casi desesperado, cuando ya iban a subir a su automóvil—. ¿Cómo se le ocurrió la disparatada idea de venir a esta cueva de ladrones?

—Bueno, yo había oído hablar del Honey Club como la sala más importante de la ciudad. Se me ocurrió que el dueño podía ser el señalado en la clave del Asesino Poeta.

—¿Y qué opina ahora?

El coche arrancó. Chloe dijo:

—Estoy confundida, Lester.

—Había trampa en la ruleta. Yo impedí que la dejaran sin un centavo. ¿Con cuánto empezó?

—No se lo creerá usted —rió ella—. Cinco dólares.

—¡Y ha ganado casi treinta mil! —se asombró Hendrix—. Con razón Compton se sentía furiosísimo.

—Sí, pero ¿por qué no aceptó usted el cheque? No creo que se atreviera a librar un cheque sin fondos.

—Desde luego, pero más que nada quise darle a entender que conocía sus trampas.

—Ah, ya entiendo. De todas formas, Compton no se ha quedado muy tranquilo.

Hendrix lanzó una mirada a través del retrovisor.

—Por supuesto que no —contestó—. Ha enviado a sus gorilas a quitarnos el dinero.

Chloe saltó en el asiento.

—¡No se mueva! —dijo él ásperamente.

—Perdón —rogó ella con humilde acento.

—Compton hace trampas, eso es algo que ya está comprobado, pero ¿es el señalado por el Asesino Poeta?

—Eso sólo podría decirlo una persona, Lester —contestó Chloe. Hendrix asintió.

—Me gustaría conocer las concomitancias de Compton con McCody —dijo.

—Tengo la sensación de que debe de ser un secreto muy bien guardado, ¿no?

—Así opino yo también, Chloe.

—Ahora bien —dijo ella—, si Compton y McCody están en relación, ¿cuál es esa relación?

—Probablemente, un porcentaje a favor de McCody.

—Sobre las ganancias de Compton.

—Claro.

—¿A cambio de...?

—Protección en las altas esferas, por ejemplo, y garantía de riesgos imprevistos.

—Sí, parece lógico.

—Tiene que serlo, Chloe, no lo dude.

Ella se volvió un instante.

—Todavía nos siguen, Lester —dijo.

—Lo sé. Pero creo que es hora ya de deshacernos de esos dos moscones.

—¿Cómo piensa hacerlo, Lester?

Hendrix sonrió.

—Ahora mismo lo va a ver —contestó.

De súbito, desvió el coche a un lado de la carretera y apagó las luces.

—Vamos a darles la impresión de que nos paramos para aprovecharnos de la oscuridad —dijo.

—Bueno, pero no se lo tome al pie de la letra —contestó ella.

Hendrix lanzó una risita. Agachándose un poco, agarró algo que tenía bajo el asiento y esperó.

El coche de sus perseguidores se paró delante de ellos, a diez o doce pasos. Los dos ocupantes del vehículo se apearon.

Hendrix aguardó todavía un momento. Luego se bajó del coche y caminó hasta situarse delante del morro.

—Hola —saludó afablemente.

Chloe observaba la escena con cierta aprensión. Vio que Hendrix hablaba con los dos gorilas y, de repente, contempló los rápidos movimientos del brazo derecho del investigador.

Sonaron dos golpes secos. «Cloc, cloc».

Dos hombres se derrumbaron sin sentido al suelo. Chloe estaba admirada.

Hendrix arrastró fuera del camino los cuerpos inanimados de los gorilas. Luego se acercó al otro coche y le deshinchó las cuatro ruedas.

Regresó a los pocos momentos.

—Me siento pasmada —declaró Chloe—. ¿Con qué les ha atizado?

Hendrix se echó a reír.

—Todavía conservo la pata de madera de Ben —contestó.

—Oh... —De pronto, Chloe se echó a reír estrepitosamente—. Es divertidísimo.

Inesperadamente, se sintió abrazada. Quiso protestar, pero los labios del investigador se lo impidieron.

—¡Traidor! —le apostrofó amablemente después del beso.

—Son los honorarios por mi ayuda —declaró él, tan fresco.

Hendrix arrancó de nuevo.

—¿Quiere un consejo, Chloe? —preguntó.

—Sí, Lester.

—Lleve el dinero al Banco por la mañana. No lo tenga demasiado tiempo en casa.

—Así lo haré —prometió Chloe.

El teléfono sonó repentinamente. Hendrix se despertó, sobresaltado. Miró el reloj de esfera luminosa.

—Pero si no hace dos horas que me he acostado —masculló, mientras alargaba la mano hacia el aparato—. Hendrix —dijo, de no muy buen humor por haber sido despertado tan intempestivamente.

Una voz quejumbrosa sonó en sus oídos.

—Lester, ven...

—¿Qué? ¿Quién es? —exclamó Hendrix, terriblemente alarmado.

—Diana... Por favor... Ven pronto... Estoy muy mal...

—Descuida, Diana, iré ahora mismo. Llama a un médico mientras tanto.

La periodista ya no contestó ni tampoco Hendrix oyó el ruido característico del teléfono al apoyarse de nuevo en la horquilla. El investigador empezó a temer lo peor.

Saltó de la cama y se vistió con una velocidad increíble. Diez

minutos más tarde, rodaba a toda velocidad hacia la casa de su amiga.

Diana ofrecía un aspecto espantoso. Sus atacantes la habían despojado por completo de sus ropas, propinándole un bárbaro apaleamiento. La cara de la joven era una masa tumefacta y sanguinolenta, hinchada de un modo atroz.

Hendrix la levantó suavemente en brazos y la llevó a su cama. Cubrió el lacerado cuerpo con alguna ropa y luego corrió al teléfono para llamar a un médico.

Después rasgó una sábana. Hizo compresas y las mojó en agua fría, con las que lavó como pudo el rostro de la periodista.

Diana recobró el conocimiento.

—No te preocupes, cariño —dijo Hendrix—. Ya he avisado a un médico. Vendrá en seguida.

Ella levantó una mano, buscando la del joven a tientas.

—Me cogieron por sorpresa... —dijo, sollozando—. Se portaron como salvajes... Me arrancaron todas las ropas y empezaron a golpes conmigo...

—¿Sabes quiénes eran?

Diana hizo una descripción bastante acertada de Ben Patapalo y de su compinche, Mike Ortoo. En el pecho de Hendrix rugía la cólera.

—Dijeron... que debía dejar de meterme... con... McCody... —declaró Diana, con voz muy débil.

El médico llegó a poco y empezó a reconocer a Diana.

—Hay que avisar a una ambulancia —dijo—. Es preciso llevarla al hospital inmediatamente.

—Sí, doctor.

Diana había perdido el sentido otra vez.

—No creo que lo recobre ya —manifestó el galeno con acento lleno de pesimismo—. Está deshecha por dentro.

Hendrix apretó los puños. Alguien tendría que pagar por aquella salvajada, se prometió.

El lúgubre sonido de la sirena de la ambulancia le pareció un anticipado toque de funeral por una magnífica mujer.

—Puedes irte, Roy —dijo Zack Hinnis—. Yo cerraré cuando haya terminado.

—Bien, jefe.

La taberna estaba ya vacía. Los últimos clientes la habían abandonado hacía rato. Algunas chicas habían hecho unos ligeros arreglos pero se habían ido también. El resto quedaba para las mujeres de la limpieza.

Hinnis apagó casi todas las luces, dejando una o dos para alumbrar la sala. Luego se dirigió a su despacho.

Sentóse tras la mesa, abrió un cajón y sacó un libro de cuentas, en el que empezó a trabajar de inmediato.

El silencio era total. Enfrascado en su labor, Hinnis tardó un buen rato en darse cuenta de que no estaba solo en el local.

Levantó la cabeza. Una intensa palidez invadió su cara al reconocer al hombre que le miraba desde el umbral.

—¡Usted! —dijo.

Hendrix asintió.

—Quisiera sonreír al contestar afirmativamente, pero no puedo —manifestó—. Me acuerdo de una hermosa muchacha, muerta a palos por unos salvajes y eso le quita a uno el buen humor.

Hinnis estaba lívido.

—No... no sé de qué me está hablando —balbució.

—Se llamaba Diana Cull. Mañana es el funeral de *corpore insepulto*. ¿Asistirá usted?

La nuez del rufián subía y bajaba espasmódicamente.

—Yo no tengo nada que ver con...

—Dos hombres la apalearon bárbaramente, para que no volviera a escribir en contra del Zar del Puerto —siguió Hendrix inflexiblemente—. Pero se les fue la mano y Diana está muerta ahora. ¿Les dio usted la orden de apalearla?

—Mire, Hendrix, vamos a ser francos. Yo no quiero decir que soy un ser perfecto...

—¡Claro que no! ¡Es una sabandija asquerosa! —le apostrofó Hendrix con violencia—. Pero no he venido aquí a aplicar calificativos. Sólo quiero que me diga una cosa. Después me marcharé.

—¿Qué... qué es lo que quiere saber?

—Mike y Patapalo están escondidos en alguna parte. Indíqueme el escondite.

—No lo sé, Hendrix.

—Zack, voy a contar hasta cinco...

Desesperadamente, Hinnis abrió un cajón y quiso sacar una pistola. Algo voló por los aires con terrible violencia, alcanzándole de lleno en el pecho.

Hinnis cayó de espaldas, lanzando un aullido de dolor. Hendrix corrió hacia él y recuperó la pata de madera. Acto seguido se apoderó de la pistola que el otro no había tenido tiempo de sacar.

—¿Y bien, Zack? —dijo—. ¿Ve esto? Es parte de la pierna artificial de Ben. Lo conservo yo como recuerdo... y porque suelo emplearlo como argumento para hacer recordar a los desmemoriados. ¿Qué me dice ahora?

Hinnis estaba aterrado.

CAPÍTULO X

Hendrix lanzó un vistazo al libro de cuentas.

—Vaya —dijo—. Por lo visto, no se fían mucho del hombre de paja que figura como dueño del local, ¿eh? Tiene usted que intervenir en sus libros, a fin de evitar que les puedan estafar, ¿no es cierto?

Hinnis hizo un esfuerzo y se puso en pie. Sacó un pañuelo y se limpió los labios.

—Escuche —dijo—. Vamos a arreglar este asunto de un modo convincente. Hablando, la gente se entiende... y si se menciona la palabra dinero, mucho más todavía.

Hendrix le dirigió una mirada burlona. De pronto, agarró las hojas del libro y empezó a romperlas en pedazos.

—Esto es lo que haré yo con usted si no me dice dónde se esconden esos asesinos —contestó. Y siguió rompiendo hojas con saña.

Pasó un minuto.

—¿No se decide a hablar, Zack?

Hinnis guardaba silencio tercamente. De súbito, Hendrix movió el garrote.

Se oyó un aullido. Hinnis dio dos vueltas y cayó de bruces al suelo.

Chilló otra vez. La pata de madera acababa de alcanzarle en las posaderas.

—¡Basta, basta! —gimió.

—¿Hablará, Zack?

—Sí... —gimió el rufián—. Es... están en una casa de campo... a doce kilómetros al sur de Yarrow Harbour...

Hendrix se inclinó sobre el caído y le registró rápidamente, felicitándose por la precaución. Una navaja automática pasó a su poder.

Luego tiró del cuello de la chaqueta de Hinnis y le hizo ponerse en pie.

—Aguarde ahí —dijo.

Fue hacia las cortinas de las ventanas y arrancó los cordones.

—¿Qué va a hacer usted? —preguntó.

—Atarle, claro. No quiero llevar conmigo un pasajero demasiado movedido.

—¿Es que voy a ir con usted? —Se aterró el forajido.

—Naturalmente. ¿Me cree tan tonto como para aceptar su palabra sin más? Iremos al lugar que usted ha señalado. Si no están allí, usted me indicará otro escondite...

—¡Están allí! —chilló Hinnis.

—En ese caso, le felicito.

Hinnis no apreció debidamente el sarcasmo del investigador. Estaba lamentándose con toda su alma del trato a que era sometido.

El coche se detuvo a cierta distancia de la casa. Hendrix se apeó y dirigió una mirada a su prisionero, que yacía atado de pies y manos en el asiento posterior.

—Por su bien, espero que me haya dicho la verdad —habló fríamente.

Hinnis no contestó.

Sentíase completamente desmoralizado.

Era una situación nueva para él. Hendrix adivinó lo que pensaba.

—No está acostumbrado a este trato, ¿verdad? —dijo—. Por el contrario, se ha habituado a que todo el mundo tiemble delante de usted, de modo que cuando alguien le planta cara, se muere de miedo. Aguarde, Zack, el baile no ha hecho más que empezar.

Amanecía.

Hendrix contempló la casa, mientras avanzaba cautelosamente hacia la parte posterior. Sintió pena; ya no oiría más la voz de Diana, en sus llamadas telefónicas para cambiar impresiones.

Pero aquellos dos salvajes debían pagar el bárbaro asesinato que habían cometido. Hinchó el pecho y dejó los recuerdos a un lado.

Alcanzó la trasera de la casa. Aplicó el oído a la puerta.

Reinaba un silencio total. Hendrix hizo girar el pomo y penetró en la cocina de la casa.

Tenía una pistola en la mano. No acostumbra a usarla, pero las

circunstancias se lo aconsejaban.

El arma era de Hinnis. Estaba cargada y en buen uso, lo había comprobado antes de salir de la taberna.

Avanzó paso a paso. De pronto, oyó ronquidos.

Llegó a una puerta y la abrió. Dos hombres dormían en sendas camas.

Eran Ortoo y Patapalo. Sobre una silla vio una pierna artificial, de construcción mucho más moderna que la pata de madera que él había destrozado.

Los rufianes no se habían percatado aún de su presencia. Hendrix sonrió.

Apretó el gatillo. El estampido sonó como un cañonazo.

Ortoo y su compinche se despertaron en el acto, terriblemente sobresaltados. Ortoo vio a alguien en la puerta y alargó la mano hacia la pistola que tenía sobre la mesilla de noche.

Hendrix disparó de nuevo. La bala rozó la mano de Ortoo e hizo saltar la pistola al suelo. El rufián se puso lívido.

—Hola, cerdos —dijo Hendrix.

Los dos hombres, sentados en sus camas respectivas, ofrecían un cómico aspecto. Patapalo miró aprensivamente hacia su pierna artificial.

Hendrix reparó en el gesto. Se acercó a la silla, agarró el miembro ortopédico con la mano izquierda y lo arrojó con todas sus fuerzas.

Se oyó un estallido de vidrios. Patapalo juró entre dientes.

—¿Hablamos? —propuso Hendrix.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Ortoo de mal talante.

Hendrix disparó. El proyectil rozó la cabeza de Ortoo y fue a clavarse tras él, en la pared.

—Aún quedan varios cartuchos —dijo—. Con dos, tendré más que suficiente.

Hubo un momento de silencio. Después, Hendrix preguntó:

—¿Quién dio la orden de apalear a Diana Cull?

Los forajidos callaban. Hendrix apuntó a Ortoo.

—Mi próxima bala irá a tu frente —dijo.

—¡Fue Zack! —chilló el rufián, lívido de espanto.

—¿Qué dices tú, Patapalo? —preguntó Hendrix.

El aludido se encogió de hombros.

—Sí —confirmó escuetamente.

—Diana Cull ha muerto.

Ortoo se lamió los labios.

—Nosotros no quisimos...

—Fue una canallada —calificó Hendrix—. Me gustaría ser como vosotros, acabaría en un instante, con un par de tiros. Pero sois afortunados.

—¿Nos va a entregar a la policía? —preguntó Patapalo.

—¿Qué otra cosa puedes esperar? Vamos, ya podéis empezar a vestiros.

Ortoo abandonó la cama. Patapalo se quejó.

—Mi pierna.

—Irás así o te llevaré a rastras —dijo Hendrix despiadadamente.

El forajido se resignó. Hendrix aguardó pacientemente hasta que los vio vestidos.

—Puedes apoyarte en Mike —indicó.

Patapalo aceptó el consejo. Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta, seguidos de Hendrix, que no dejaba de apuntarles con el arma.

Ortoo abrió. Un hombre apareció en el umbral.

Tenía el sombrero echado sobre los ojos. Empuñaba una pistola ametralladora.

Hendrix vio al sujeto y presintió el peligro. Desesperadamente, se echó a un lado, mientras se oía el feroz tableteo del arma.

Ortoo y Patapalo chillaron espantosamente, mientras caían, acribillados por los proyectiles. El campo de tiro quedó así despejado para Hendrix, cuya pistola escupió tres proyectiles.

El ametrallador saltó con violencia hacia atrás y rodó por el suelo. Hendrix se arrastró hasta hallar la protección de un diván, tras el que se guareció, temeroso de que el pistolero que había hecho fuego no hubiese venido solo.

Transcurrieron algunos minutos. El silencio había vuelto, denso, opresivo. Hendrix oprimía con fuerza la pistola, en la que sólo quedaban un par de cartuchos.

De pronto, se oyó el ruido de un automóvil que se alejaba a toda velocidad. Hendrix se arriesgó a mirar a través de una ventana.

Un coche se alejaba rápidamente. Indudablemente, era el mismo en el que había venido el ametrallador. Su llegada había sido

silenciosa y no porque él estuviese ya en la casa, sino para sorprender a las víctimas.

Lanzó una mirada hacia el vestíbulo. Se estremeció. Parecía un matadero.

Caminó con grandes precauciones hasta su coche y se asomó al interior.

Hinnis había desaparecido. Las ligaduras estaban aún en el suelo del automóvil.

Se encogió de hombros.

—Acabará mal, tarde o temprano —vaticinó.

—Yo creo que McCody comete un error —dijo Hendrix, una vez en casa de Chloe.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—Bueno, no se puede tener a una serie de esbirros para que hagan los trabajos sucios y luego, cuando uno se ve en un compromiso, ordenar que los quiten de en medio. La gente no es tonta y empezará a darse cuenta de lo que ocurre. ¿Qué pasará entonces?

—Nadie querrá trabajar para McCody.

—Exactamente. Oiga, Chloe, Jerry Murphy murió, para que no lo detuvieran como asesino de Dick Shame. Éste, a su vez, había muerto para no hablar. Ahora han sido Mike Ortoo y Ben Patapalo. Imagínese usted lo demás.

Chloe hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que tiene razón, pero, sin embargo, McCody continúa siendo un enemigo peligroso.

—Lo sé, pero es el que hizo asesinar a Diana Cull. De un modo u otro he de hacérselo pagar.

—¿La quería usted, Lester?

—Éramos muy buenos amigos, aunque no habíamos llegado todavía, ni creo que hubiéramos llegado, a ser algo más. Nos compenetrábamos mucho, pero en sentido amistoso.

—Comprendo lo que siente —dijo ella con simpatía—. Pero no se deje cegar por el rencor.

—Tengo la mente muy clara, salvo en un punto, Chloe.

—¿Puedo saberlo, Lester?

—Puede —sonrió él—. Se trata de la forma de dar al traste con el imperio de crimen y corrupción que capitanea McCody. Pero

¿cuál es el procedimiento?

Chloe calló.

CAPÍTULO XI

De pronto, Hendrix, que estaba tomando una cerveza en la cafetería a la cual solía acudir de costumbre, sintió que le tocaban en un brazo.

—Vaya a la mesa del rincón de la derecha —le dijo alguien.

Hendrix volvió la cabeza y se encontró frente a un tipo de cara de palo. Luego miró en sentido contrario y vio a un elegante individuo sentado a una mesa.

Le pareció conocido. Dudó un instante y luego asió la jarra de cerveza, deteniéndose junto a la mesa que le habían señalado.

—Soy McCody —dijo el tipo.

Hendrix guardó silencio un momento.

Estudiaba a McCody. Era un sujeto que aparentaba casi diez años menos de los cincuenta que tenía. De buena estatura, vestía con gran elegancia y llevaba una camelia en el ojal de la chaqueta. Cubría su cabeza con un sombrero hamburgués y usaba bastón con puño de plata y guantes grises.

—Siéntese, señor Hendrix —invitó McCody.

—Gracias.

Hendrix se dio cuenta de que había dos tipos con aire de guardaespaldas por las inmediaciones. Uno de ellos era el que le había transmitido la llamada de McCody.

—Tengo dentro de mi chaqueta un sobre con cincuenta de los grandes. Cuando me vaya, quedará en esta silla que tengo al lado, para que usted pueda tomarlo con discreción. Una vez lo haya hecho, vuelva a su casa lée el petate y lárguese de Yarrow Harbour.

Hendrix sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios.

—¿Se siente muy amenazado, señor McCody? —preguntó.

—Eso no es cosa suya —respondió el aludido.

—Debe de considerarme como un enemigo muy peligroso. Cincuenta mil dólares no se ofrecen así como así, ¿verdad?

—Es una magnífica proposición. Le recomiendo la acepte, señor Hendrix.

El joven se reclinó en el respaldo de su silla.

—Yo diría que usted me tiene miedo —manifestó—. Pero ¿por qué? ¿Qué miedo puede infundirle a usted un abogado que montó una oficina de informes personales e investigaciones comerciales?

—Yo sé lo que me digo y basta —gruñó McCody.

—Pero si no tengo ninguna prueba en contra de usted —dijo Hendrix jovialmente—. ¿Cómo probar que usted ha ordenado un montón de asesinatos? O sus colaboradores, claro, pero eso lo mismo da. Sospecho que fue usted, pero me es imposible presentar la menor prueba. Por mi parte, y se lo digo con toda sinceridad, puede guardarse su dinero y marcharse tranquilo, señor McCody.

El hombre le miró estupefacto.

—¿Habla en serio, Hendrix? —preguntó.

—Le digo lo que pienso —sonrió el investigador—. Sí, ya sé que es usted un ladrón, un extorsionista, un forajido y un asesino, pero eso se lo digo a título privado y me abstendré muy mucho de proclamarlo en público, para que no me demande usted por calumnia.

—¡Está loco! —refunfuñó McCody.

—Bueno, yo le he llamado a usted cosas peores —dijo Hendrix, sonriendo placenteramente—. Pero Yarrow Harbour me gusta y no tengo intención de abandonar la ciudad.

—¿Es su última palabra, Hendrix?

—*The end.*

El pecho de McCody se dilató poderosamente.

—Usted es listo, tremendamente listo, y no me creo ni una sola de las palabras que ha pronunciado —dijo—. Está bien. Yo he venido con una rama de olivo en la mano.

—Las hojas eran billetes de Banco —sonrió Hendrix.

—... y usted no ha aceptado mi oferta. He querido evitarle graves inconvenientes, pero ya que se niega, aténgase a las consecuencias.

—Eso se parece mucho a una declaración de guerra —comentó Hendrix.

—Lo es —repuso McCody secamente, mientras se ponía en pie. Desde un nivel más elevado, miró a su interlocutor—: Como usted

ha dicho antes, *the end*. ¡Para usted! —Remató con acento ominoso.

Y se alejó con paso rápido, seguido de sus dos esbirros.

Hendrix continuó bebiendo su cerveza, aunque la sonrisa había desaparecido ahora de sus labios.

Era imposible ignorar la amenaza que había en las palabras de McCody. A partir de aquel momento, tendría que vivir con otro par de ojos en la nuca.

Alguien le saludó de repente.

—Hola, Lester —dijo Jimmy Frando—. Muy preocupado te veo.

Hendrix emitió una sonrisa de circunstancias.

—Un poco, es verdad —admitió.

Frando se sentó frente a él y pidió un *whisky*.

—Bien, ¿qué te pasa? Cuéntame, soy tu amigo, ¿no?

—He estado hablando con McCody —dijo Hendrix de mala gana.

—Ah, ese tipo a quien llaman el Zar del Puerto.

—Sí, Jimmy.

—¿Y eso te preocupa?

—Hombre, me ofrecía cincuenta mil por largarme de Yarrow Harbour.

—¿Y...?

—No he aceptado.

Frando entornó los ojos.

—Eso significa, opino, una especie de declaración de guerra —dijo.

—Sí, Jimmy.

—¿Necesitas ayuda? Somos amigos, hemos hecho la guerra juntos... aunque en el amor cada cual vaya por su lado —dijo Frando maliciosamente—. Pero hablando en serio. Puedo ayudarte, Lester.

Hendrix hizo un signo negativo con la cabeza.

—Gracias, Jimmy, pero éste es un asunto que debo resolver yo solo —contestó.

—¿Por qué tienes tanto interés en McCody? Tu negocio marcha bien.

—Jimmy, una buena amiga mía me pidió investigara sobre algunos de los asuntos de McCody. Murió bárbaramente apaleada. Con toda probabilidad, fue él quien dio la orden, aunque es de

suponer que a través de Hinnis, su brazo derecho.

—Entiendo, Lester. De todas formas, mantengo lo dicho.

—Gracias, Jimmy. Oye, ¿cómo va tu pintura?

Frando le guiñó un ojo.

—No puedo quejarme —contestó.

—¿Sigues con Babeé Growland de modelo?

—Es una chica magnífica en todos los sentidos, Lester.

—Pero no te cazaré, Jimmy.

Frando lanzó una carcajada.

—Ya lo intenta y resulta emocionante ser la presa, pero no lo conseguiré.

—Cualquier día, cuando menos te lo esperes, te encontrarás convertido en un sesudo padre de familia —aseguró Hendrix.

—Bueno, hay tiempo para el «suicidio» —dijo Frando jovialmente. Se puso en pie—. Recuerda que mi ofrecimiento es sincero.

—Lo sé, Jimmy. Gracias de todas formas.

Frando dio un golpe en el hombro de su amigo al pasar por detrás de él, hacia la salida.

—Pégale duro, Lester —aconsejó.

Los últimos empleados se marcharon. La mayor parte de las luces del Honey Club quedaron apagadas.

Tres hombres permanecieron en el local, sin embargo: Larry Compton y sus dos esbirros de confianza.

—Esperen afuera —indicó—. Saldré dentro de cinco minutos.

Los guardaespaldas abandonaron el despacho. Sí, eran sus hombres de confianza, pero le gustaba estar solo cada vez que abría y cerraba la caja fuerte, cuya combinación sólo él conocía.

Siempre había mucho dinero en la caja. Compton conocía bien las debilidades del alma humana. Un hombre siempre estaba expuesto a tener un mal pensamiento... y no le haría ninguna gracia perder cuarenta o cincuenta mil dólares por un descuido propio.

Aunque días antes, bien mirado, se le habían evaporado nada menos que treinta mil. A Compton se lo llevaban los demonios cada vez que recordaba la buena suerte de aquella osada muchacha. No era la primera vez que ocurría un caso semejante, pero siempre estaba el pie de un *croupier* para «corregir» excesos de la fortuna.

Lo peor era que ya no podía hacer nada y, le gustase o no,

aquéllos casi treinta mil dólares habían tenido que ser sentados en la cuenta de pérdidas y ganancias. Cifras con números rojos, masculló, todavía irritado, mientras hacía girar las ruedecillas de la combinación.

Abrió la caja fuerte. Detrás de él, sobre la mesa, estaban las ganancias de la noche. Billetes, cheques y pagarés. Estos últimos eran de personas cuya firma era de confianza. O no eran aceptados.

Compton se volvió. La sangre se le heló repentinamente.

Su nuez subió y bajó con rápidos espasmos. Contempló con ojos de miedo al sujeto que tenía frente a sí y en cuya mano se veía una pistola provista de silenciador.

—¿Qui... quién es usted? ¿Qué quiere? —balbuceó.

El intruso sonrió.

—¿Ya no se acuerda de los versos hallados sobre el cadáver de Hlinka? —preguntó.

Chorros de sudor corrieron repentinamente por la cara de Compton. Temblando de pánico, extendió las manos.

—Te... tengo diner... —gimió.

El intruso hizo un signo negativo. Sus ojos se fijaron un instante en el montón de billetes que había sobre la mesa.

—No me interesa el dinero —contestó fríamente.

—Por favor... No me mate... —Compton lloraba—. Seré bueno, me iré de Yarrow Harbour.

—Es tarde ya para el arrepentimiento. Además, lo dice sólo de boquilla. Si yo me marchase ahora, usted seguiría mañana tan campante. No, Compton, su hora ha llegado.

El dueño del local saltó a la desesperada hacia su mesa, en donde tenía una pistola. Se oyó un sordo ruido.

La bala frenó en seco el avance de Compton, en cuya cara apareció un rictus de agonía. El intruso hizo fuego por segunda vez.

Compton giró en redondo y se desplomó pesadamente al suelo. El asesino se acercó a él y prendió un papel en sus ropas.

Luego, con toda tranquilidad, se acercó a la caja fuerte y hurgó en su interior durante algunos momentos. Sacó unos cuantos papeles, que guardó de cualquier manera en el bolsillo posterior de sus pantalones, y acto seguido, se dirigió hacia las cortinas que ocultaban las ventanas a través de la cual había entrado.

Había un gancho agarrado al alféizar, del que pendía una larga

soga. El asesino pasó las piernas por el antepecho, agarró la soga y se deslizó velozmente entre las sombras de la noche.

Jeb Hayne consultó su reloj y frunció el ceño.

—El jefe se retrasa —comentó.

—Déjalo —respondió Orrin Wells—. Él sabe lo que se hace.

—Pero habló de cinco minutos solo y ya ha pasado un cuarto de hora, Orrin.

Wells se irritó. Estaba muy entretenido hojeando una revista de contenido pretendidamente artístico y le molestaba que apartasen su atención de las hermosas chicas que aparecían en las imágenes.

—Espera —gruñó—. No entres o te ganarás un bufido.

—Compton no se fía de nosotros. Nunca deja que veamos cómo abre o cierra su caja de caudales —se quejó Hayne.

—Si yo fuese Compton, también haría lo mismo —dijo el otro secamente.

Transcurrieron diez minutos más. Casi explotando de impaciencia, Hayne se puso en pie y dijo:

—Pues yo voy a entrar, digas lo que digas, Orrin. Puede que le haya ocurrido algo; luego vendrían los gritos por no haberle ayudado.

Wells suspiró y lanzó la revista a un lado.

—Está bien, vamos a ver —se resignó.

Hayne abrió la puerta. Un grito de asombro brotó de sus labios al ver los pies que asomaban por uno de los lados de la mesa.

—¡Lo han matado! —exclamó.

Wells estaba lívido.

—El Asesino Poeta. Lo anunció —dijo.

Hayne se arrodilló junto al caído.

—¡No lo toques! —aconsejó Wells vivamente.

—No, hombre, si sólo quiero leer el verso —respondió Hayne.

—¿Anuncia el próximo? —preguntó Wells.

Hayne leyó:

El tramposo ha tenido al final,
el castigo que era de esperar.

Si el próximo quieres conocer,
la clave debes saber.

Uno a uno van cayendo,

pero el jefe sigue viviendo.
¿Cuánto tiempo durará?
Eso mi pistola lo dirá.
¿Quién será? ¿Quién será?
¡Ja, ja, ja!

Hayne y Wells intercambiaron una mirada.

—Casi tengo miedo —dijo el primero.

—No es para sentirse tranquilo, pero la cosa no va con nosotros
—manifestó Wells.

Hayne fijó los ojos sobre la mesa.

—Orrin, estoy pensando una cosa —murmuró.

Wells sonrió.

—Yo también pienso lo mismo —dijo.

—¿Quién se llevará las culpas, Orrin?

—Sí, el mismo que tú y yo sabemos, Jeb. Y, si quieres un buen consejo, lo mejor será desaparecer de Yarrow Harbour para siempre. Pero no conviene que nos llevemos cheques ni pagarés.

—Sólo los billetes, Orrin.

—Exactamente, Jeb.

—Guisa usted estupendamente, Chloe —elogió Hendrix, mientras encendía un cigarrillo.

—¿Lo cree así? —Ella sonrió con malicia—. Me he limitado a poner en el horno unos platos precocinados y añadirles luego un poco de salsa.

—Pues no cabe la menor duda de que ha sabido transformarlos por completo.

—Gracias, Lester. ¿Le apetece una copita?

—¿Tiene oporto?

—Sí, Lester.

Hendrix se repantigó en un sillón. Ella le entregó la copa llena momentos después.

—Lester —dijo de pronto, al sentarse frente a él.

—¿Sí, Chloe?

—¿Ha leído los periódicos?

—No dejo de hacerlo ningún día.

—Entonces, ya sabe lo que ha ocurrido.

Hendrix lanzó una bocanada de humo.

—A decir verdad, ya empezaba a pensar que el Asesino Poeta se había olvidado de Compton —dijo.

—No ha sido así, Lester. Pero hay un detalle que me llama mucho la atención.

—¿Cuál es, por favor?

—Recuerde a Hlinka. Vivía en un piso duodécimo. El asesino llegó por el cuarto de baño... y los departamentos contiguos al suyo estaban ocupados por gente fuera de toda sospecha.

—Se sabe que subió desde el piso inferior, lanzando una cuerda con un gancho a la cornisa. No es difícil, Chloe.

—Para una persona corriente, sí, Lester. El Honey Club está en un edificio aislado, pero el despacho de Compton se hallaba en el primer piso. También usó la cuerda con el gancho.

—Lógico, ¿no?

—Esa cuerda con gancho indica fuerza y habilidad... y mucho valor, Lester. Yo no me arriesgaría jamás a hacer eso en un piso duodécimo. Ni siquiera en el primer piso del Honey Club.

—Pero él lo hizo, Chloe.

—Lo que abona mi hipótesis. Es un hombre joven, fuerte, ágil y con conocimientos de alpinismo. Además de poeta, claro.

—Poeta, malo —calificó Hendrix con una sonrisa.

—¿Es malo porque no puede hacer mejores versos o porque quiere aparentarlo así?

Hendrix tomó otro sorbo de vino.

—Recuerdo que ya insistió en ese detalle anteriormente —dijo—. ¿Por qué cree que es mal poeta deliberadamente?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—No sé. Tengo la sensación de que es un hombre culto, pero también con la mente alterada.

—Lo dice porque se ha arrogado el papel de justiciero, con desprecio de las leyes.

—Sí, Lester.

—Es posible —admitió él—. Sin embargo, no se me ocurre ningún nombre.

—¿Tampoco el de su próxima víctima?

Hubo un momento de silencio.

Hendrix y Chloe se miraron.

—Me parece que los dos pensamos en la misma persona —dijo

ella al cabo de unos instantes.

—Sí, pero tengo entendido que McCody vive en una casa muy bien protegida.

—Hasta ahora, el Asesino Poeta no ha fallado una sola vez. Es listo, endiabladamente listo. Cumplirá lo prometido en sus versos, Lester.

Hendrix se puso en pie.

—Espero que McCody haya sabido interpretarlo así —dijo.

—¿Eso es lo que cree, Lester? —preguntó Chloe.

—Sí, porque, naturalmente, no me voy a constituir yo en su protector. Lo único que siento es no encontrar pruebas de la culpabilidad de McCody. Los castigos del Asesino Poeta son demasiado primitivos. Haría mucho más efecto sentar a McCody ante un tribunal y enviarle a presidio para el resto de sus días.

Chloe se quedó pensativa unos momentos.

—Es posible que tenga usted razón —dijo a poco—, pero ¿dónde y cómo encontrar esas pruebas, Lester?

Hubo un momento de silencio. De pronto, Hendrix, al alargar la mano para dejar la colilla en un cenicero, derribó la copa, con parte de vino todavía.

—¡Qué torpe soy! —dijo, sonriendo.

—Aguarde, iré a la cocina a buscar un paño —exclamó Chloe.

La muchacha se alejó. Hendrix quedó solo en la estancia.

Encendió un cigarrillo y contempló pensativamente las nubes de humo.

Recordaba lo que Chloe había dicho acerca del Asesino Poeta. Un hombre joven, fuerte, ágil e inmune al vértigo. Doce pisos no eran, ciertamente, una tontería.

Claro que no había trepado los doce pisos, pero hacía falta mucho valor para pasar simplemente del piso undécimo al duodécimo, por la fachada.

—Yo no sé si sería capaz de hacerlo —murmuró.

Aunque había visto la muerte cara a cara en más de una ocasión, quedar suspendido de una cuerda a cuarenta metros del asfalto era algo que le erizaba el vello solo de pensarlo.

De repente, un ruido cortó en seco sus reflexiones.

Parecía una taza rota.

«Esa chica está nerviosa, como yo», sonrió Hendrix.

Y se volvió hacia la puerta que comunicaba la sala con la cocina. Un segundo después, levantó las manos.

—Así, muy bien, veo que es usted inteligente —dijo el hombre que había aparecido por aquella puerta en lugar de Chloe y que le apuntaba con una pistola de pavoroso aspecto.

—Ante semejantes argumentos, ¿quién se resiste? —sonrió Hendrix.

Chloe apareció a los pocos segundos, sujeta del brazo por otro pistolero, igualmente armado.

—¿Se ha resistido, Milo? —preguntó el recién llegado.

—Ya lo ves, ni rechistar —dijo el interpelado.

Hendrix recordó el nombre. Milo Karpoe, asesino profesional, un tipo sin escrúpulos, como el tipo que le acompañaba. Karpoe era otro de los hombres de McCody, probablemente, de su nómina más reservada.

Karpoe estiró la mano libre y relevó a su compinche en sujetar a Chloe.

—Regístralo, Ellis —indicó.

—O. K., Milo.

Hendrix no llevaba armas. Ellis se separó de él cuando hubo terminado el registro.

—Está limpio —informó.

—Muy bien, andando —ordenó Karpoe.

—¿Puedo preguntar adonde nos llevan? —solicitó Hendrix.

Karpoe le dirigió una sonrisa burlona.

—¿No sabe usar su imaginación? —replicó.

—De modo que es eso.

—Sí.

Hendrix miró a Chloe. La muchacha estaba muy pálida, terriblemente asustada.

—En suma —dijo—, nos van a dar el «paseo».

—Efectivamente —confirmó el pistolero.

—Muy bien —habló Hendrix serenamente—, pero antes de salir de la casa, me gustaría hacerles algunas reflexiones.

—¿Cree que nos va a convencer con sus argumentos? —preguntó Ellis burlonamente.

—Tal vez —contestó el investigador sin pestañear.

CAPÍTULO XII

Karpoe enarcó las cejas, un tanto sorprendido por la respuesta de Hendrix.

—Será curioso oír lo que tiene que decirnos —manifestó.

—Así opino yo —dijo Hendrix—. En realidad, casi más que hacerles reflexiones, voy a refrescarles la memoria. Sin duda recordarán ustedes a Dick Shame, alias el Lavacaros.

—Pobre tonto —se burló Ellis.

—Jerry Murphy mató a Shame para que no hablase. A su vez, Jerry fue liquidado de un tiro en la nuca, por las mismas razones. No convenía que dijera quién le había enviado a acompañar a Shame y a su frasquito de vitriolo.

Karpoe pareció sentirse inquieto.

—¿Adonde quiere ir a parar usted? —preguntó.

—Aguarde un momento, hombre —contestó Hendrix—. Todavía no he terminado mis... evocaciones. Dos hombres recibieron la orden de apalear a una periodista. Diana Cull murió a consecuencia de la paliza recibida. Quizá el que lo ordenó, no quería que la periodista muriese, pero el caso es que está muerta y enterrada.

—Era una entrometida —refunfuñó Ellis.

—Todo depende de los puntos de vista. Otros la consideraban servidora de la verdad. Pero el caso es que Mike Ortoo y Ben Patapalo murieron, para que no pudieran despegar los labios comprometedoramente.

—¿Eso es todo? —inquirió Karpoe.

—Bueno, ya sólo me falta decirles que lo mismo les va a pasar a ustedes si nos dejamos guiar por lo ocurrido hasta ahora.

Hubo un momento de silencio. La luz de la esperanza brilló en los ojos de Chloe.

Ellis se volvió hacia su compinche.

—Oye, Milo, ¿sabes que este chico tiene razón? —dijo.

Karpoe emitió una interjección.

—Con nosotros no pasará lo mismo —contestó abruptamente—. Le costaría muy caro a quien intentase tocarnos siquiera al pelo de la ropa.

—Quizá Patapalo y Ortoo pensaban igual que usted y ya ve, les llenaron el cuerpo de plomo —sonrió Hendrix.

—Milo, lo que dice este muchacho es la pura verdad. A mí no me gustaría que me pagasen el «trabajo» con un par de tiros —se quejó Ellis.

—¿Quieres que te los pegue yo? —preguntó Karpoe salvajemente—. ¡Andando ya y basta de cháchara!

Hendrix se acercó a Chloe.

—Lo siento —dijo—. No parezco especialmente dotado para ser un buen diplomático.

Ella le dirigió una mirada de simpatía.

—Usted ha hecho lo que ha podido —contestó.

Atravesaron la cocina. En el suelo había restos de una taza. Sin duda, se había escapado de las manos de Chloe, debido al susto de encontrarse de repente con un hombre armado.

Salieron a la parte posterior del jardín. En la calle de aquel lado había parado un automóvil negro.

El lugar estaba desierto en aquellos momentos. Hendrix tenía cierta confianza en sí mismo.

Uno de los pistoleros flaqueaba. Sus argumentos habían hecho mella en su ánimo. Puesto que, presumiblemente, iban a matarles lejos de la ciudad, aún disponía de tiempo para machacar sobre el mismo tema.

«¿Quién sabe?, acaso Ellis acabe enfrentándose con ese bárbaro de Karpoe», pensó.

Todo dependía ya de su habilidad dialéctica. ¿Tendría éxito?, se preguntó, procurando mantener la calma exterior.

—Abre —ordenó Karpoe.

Ellis se adelantó para cumplir la orden. Alcanzó el coche y alargó la mano hacia la manija de la portezuela.

De pronto, se volvió, con el pánico reflejado en su rostro.

—¡Milo, Cheene está muerto! —exclamó.

Karpoe se sobresaltó terriblemente.

—¿Qué? —gritó.

Repentinamente, se vio un fogonazo en la oscuridad. Ellis giró sobre sí mismo, y se apoyó en el coche. Levantó la mano armada, pero otra bala, salida de una pistola que apenas hacía ruido, lo tiró debajo del automóvil.

Karpoe maldijo obscenamente, mientras se volvía para disparar contra el oculto tirador. Hendrix empujó a Chloe con violencia y los dos rodaron por el suelo.

La pistola con silenciador llameó más veces en las tinieblas. Karpoe gruñó, chilló, maldijo y al fin, tras un salto espasmódico, se estrelló de cara contra el asfalto.

Hendrix se atrevió a levantar la cabeza. A lo lejos sonaban pasos de un hombre que escapaba a la carrera.

Miró a Chloe. La muchacha tenía la cara blanca.

—¿E... estamos vivos? —preguntó.

—Parece que sí —sonrió Hendrix.

Un coche se alejó a toda velocidad. Hendrix creyó captar, por el rugido de la arrancada, el inconfundible ruido de un motor de tipo deportivo.

De pronto se le ocurrió una idea.

—Chloe, hay tres muertos aquí —dijo—. Será mejor que volvamos a casa. No ha habido ruido y lo mejor será que digamos que no hemos visto nada.

Ella se mostró de acuerdo con la propuesta.

—Sí, es lo mejor, Lester —convino.

Cuando entraron en la casa, los dos corrieron hacia la botella de *whisky*.

—Creo que tardaré muchos años en olvidar el miedo que he pasado —dijo Hendrix, resumiendo en aquella frase el sentir común.

—El periódico viene bueno hoy, Chloe —dijo Hendrix por teléfono, a la mañana siguiente.

—Sí, lo he leído. ¡Vaya titulares, Lester!

—Es lo menos —sonrió él—. ¿Qué tal ha dormido?

—¿He dormido?

—Me lo imagino, Chloe. Yo también he pasado la noche en vela. ¿La molestaron los policías?

—Un sargento vino a interrogarme, pero yo le dije que no había

oído nada. Declaré que había tomado una pastilla sedante al irme a dormir y por dicha razón estaba profundamente dormida cuando se produjo el tiroteo. Naturalmente, no dije nada de una pistola con silenciador.

—Es usted una chica muy lista. Los policías lo han deducido así, ya que no se oyeron disparos. Ellis y Karpoe no tuvieron tiempo de hacer fuego y ellos no usaban silenciador.

—Lester, ¿quién los mató? —preguntó Chloe.

—No tengo la menor idea —respondió Hendrix—, pero, sea quien sea, merece mi agradecimiento eterno.

—Parece como si hubiera estado esperando la salida de todos nosotros —observó ella.

—Seguramente. Ya ve que, incluso, disparó contra el chófer del auto. Pero no, no tengo la menor idea de la identidad de nuestro salvador.

—A mí se me ha ocurrido una hipótesis, pero...

—¿Qué, Chloe?

—Oh, no, no; es muy disparatada —contestó ella.

—Vamos, dígalo de una vez —le apremió Hendrix—, en este asunto, cabe cualquier suposición, por extraña que pueda parecer.

—Bueno, si quiere que le diga la verdad, para mí fue el Asesino Poeta.

Hendrix respingó:

—¡Chloe!

—¿Lo ve? —dijo ella—. Es una hipótesis disparatada.

—Pero ¿en qué se funda para asegurar una cosa semejante?

—Bueno, el que mató a los pistoleros usaba pistola con silenciador. Clover y todos los demás señalados por el Asesino Poeta han sido muertos de la misma manera. Y ese hombre, por lo que se ve, tiene manía a pistoleros y forajidos.

Hendrix guardó silencio un momento.

—Quizá —dijo al cabo—. Es posible que tenga usted razón, Chloe.

—Yo no lo afirmaría rotundamente, pero ¿por qué no puede ser?

—De todas formas, hay dos puntos oscuros que convendría aclarar.

—¿Cuáles son, Lester?

—Primero, ¿por qué estaba allí, tan oportunamente, el Asesino

Poeta?

—Ahí sí que yo no puedo ayudarle, Lester. No se me ocurre ninguna idea —respondió la muchacha.

—Segundo punto oscuro: la identidad de nuestro salvador.

Chloe calló un momento.

—Lester —dijo al cabo—, la identidad de ese hombre es algo que no se me alcanza en absoluto.

—En cambio, a mí, se me ha ocurrido una idea que quizá pueda dar un resultado práctico —contestó Hendrix.

—¿Puede decirme de que se trata, Lester? —preguntó ella.

—Se lo diré cuando la haya llevado a la práctica y pueda tener resultados que ofrecerle, Chloe.

Betty, la secretaria de Hendrix, le llamó a través del interfono.

—Hay un caballero que desea visitarle —informó.

—¿Quién es? —preguntó el investigador.

—Lo siento, señor Hendrix, se ha negado a revelar su nombre.

—Está bien, hágalo pasar.

Momentos después, se abrió la puerta del despacho.

Hendrix se asombró al reconocer a su visitante.

—Vaya —dijo—. ¿A qué debo el honor, señor McCody?

El presidente del Sindicato tenía la cara muy seria.

—Dígale a esa chica que cierre la puerta —pidió secamente—. Y cierre también su interfono. No quiero que nadie oiga lo que usted y yo tenemos que hablar aquí.

—Muy bien —accedió Hendrix, con la sonrisa en los labios.

Momentos después, tranquilizaba a su visitante.

—Puede hablar con toda confianza —indicó.

Pero McCody se sentía aún receloso.

—¿No tendrá escondida alguna grabadora para registrar nuestra conversación?

—¿Tanto miedo tiene de soltar lo que tiene que decirme? ¿O es que tiene miedo de otra cosa?

McCody lanzó una maldición entre dientes. Luego, elevando la voz un poco, dijo:

—Doblo la oferta del otro día. Cien mil dólares y váyase ahora mismo de esta maldita ciudad.

CAPÍTULO XIII

Hendrix miró de hito en hito a su interlocutor.

—Señor McCody, antes mencioné la palabra miedo como un recurso retórico, pero ahora empiezo a darme cuenta de que, efectivamente, está loco de pánico.

—No sea idiota —refunfuñó el visitante—. Yo no tengo miedo de nadie...

—Entonces, ¿para qué trata de calmar sus temores con cien mil dólares?

McCody acusó el golpe.

—No quiero estorbos en Yarrow Harbour, eso es todo —dijo.

—Mac, las personas decentes no tienen los estorbos que tiene usted —replicó Hendrix.

—Está bien, está bien. ¿Acepta o no?

—Primero, dígame: ¿Por qué me ofrece una suma tan elevada?

—Ya le he dicho antes: quiero que abandone la ciudad.

—Y..., ¿no le bastaría con ordenármelo?

Hubo una pausa de silencio.

Los dos hombres se miraban cara a cara. Hendrix advirtió unas minúsculas gotitas de sudor en la frente del presidente del Sindicato.

—Quiero que la cosa termine en paz —dijo McCody al cabo, rompiendo el silencio con voz ronca—. ¿Es que no se ha desahogado bastante? —preguntó, elevando la voz súbitamente.

Hendrix creyó comprender.

—Usted cree que yo soy...

—¡Sí! ¡Usted es ese maldito asesino que hace versos y los deja sobre cada una de sus víctimas, anunciando cuál será la siguiente!

Hendrix lanzó una estentórea carcajada.

—Por favor, McCody, tiene usted una imaginación exuberante. No negaré que estoy en contra de usted y todos sus métodos, pero

de ahí a ser yo el Asesino Poeta va un abismo.

—¡No me mienta!

—¡Basta! —cortó Hendrix—. Usted tiene miedo, sí, un miedo cervical. Ahora siente un pánico espantoso, que en el fondo, me alegro de que lo sienta. De este modo sabrá qué es temer a la muerte, como lo supieron sus víctimas. No, no soy el Asesino Poeta, pero me alegro de que ese individuo haga pasar miedo al hombre más poderoso de la ciudad. ¿Por qué no se ofrece usted a sí mismo los cien mil dólares y abandona Yarrow Harbour?

—Todavía sigo siendo poderoso.

—No por mucho tiempo. Sus gorilas piensan, McCody, lo crea o no. Todos ellos saben que si liquidan a alguien, cumpliendo sus órdenes, serán liquidados a su vez. Anoche fueron unos tipos a buscarnos a mí y a la señorita Aubert. Alguien los mató a balazos, pero, créame, empezaban ya a sentirse inseguros cuando les recordé la suerte de Shame, de Murphy, de Patapalo y de Mike Ortoo. Empezaban a temer que a ellos les pasara también lo mismo, ¿comprende?

—Aún me quedan hombres fieles...

—Es posible, aunque yo no fiaría mucho en ellos. McCody, es demasiado tarde ya. Márchese de Yarrow Harbour o enfréntese con su destino.

—¿Cree que el Asesino Poeta vendrá a buscarme? —preguntó el forajido ansiosamente.

—No tengo la menor duda —contestó Hendrix—. Hasta ahora, no ha dejado de cumplir una sola de sus promesas y no veo por qué usted ha de constituir una excepción.

Hendrix calló. McCody no dijo nada.

«Está derrotado», pensó el investigador.

Se alegró de ello, porque recordaba a una hermosa mujer destrozada a golpes.

McCody se puso en pie y salió sin decir nada. Hendrix encendió un cigarrillo.

—Ahora, más que nunca, tendré que vigilar por mi pellejo. McCody se siente una fiera acorralada y en esas condiciones es capaz de cualquier cosa —se dijo.

Hendrix había estudiado previamente el edificio, de modo que, cuando entró en el espacioso vestíbulo, sabía ya lo que quería.

Había un mostrador con un conserje, hacia el cual se encaminó el investigador. El conserje le atendió amablemente.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —preguntó.

—Sí —contestó Hendrix—. Me gustaría alquilar el departamento E, de la undécima planta. Creo que está libre, ¿no?

—Lo siento mucho, señor —declaró el conserje—. Ese departamento está alquilado, aunque si desea examinar otros desocupados en este momento...

—¡Qué lástima! Para mí, era el más indicado, pero veo que ya se me han anticipado. ¿No podría ponerme en contacto con el inquilino? Tal vez, conversando con él.

—Lo siento mucho, pero no creo que el señor Starkey acceda.

—Ah, se llama Starkey —dijo Hendrix—. Hombre, ese apellido me suena. ¿No es un tipo de cierta edad, cargado de espaldas y completamente calvo?

—Temo que se equivoca, señor —sonrió el conserje—. El señor Starkey es un caballero de buena estatura y unos cuarenta años de edad. Debió de ser herido en la guerra mundial, porque usa bastón y cojea ligeramente al andar.

—Ah, claro, claro —contestó Hendrix—. Bien, muchas gracias, amigo... y aquí tiene para que se tome una copa a mi salud.

El conserje agradeció profundamente la propina. Hendrix se retiró, pero procuró quedarse en las inmediaciones del edificio.

—Conque alto, cuarenta años y herido en una pierna —murmuró—. Un hábil disfraz, no cabe duda.

Pasaron algunos minutos. De pronto, el conserje, requerido por alguien, abandonó momentáneamente el mostrador.

Hendrix se coló como un rayo y entró en uno de los ascensores. Momentos después, salía en el piso undécimo.

Buscó la letra E sobre una de las puertas. Luego, por mediación de una llave maestra, que se había procurado previamente, entró en el departamento.

Cerró con cuidado. Encendió las luces y paseó la mirada por el interior del piso.

Era un departamento amueblado con cierto lujo, aunque de gusto más bien discutible. Hendrix tenía la sensación de que el supuesto Starkey, lo había alquilado solamente para asesinar a Hlinka.

Registró todo cuidadosamente, procurando no dejar huellas de su paso por aquellos lugares. Una hora más tarde, reconoció el fracaso de su operación.

—Starkey es muy listo y no deja rastros —se dijo, notablemente decepcionado.

De repente, cuando ya iba a abandonar el piso, vio en una consola algo que llamó su atención.

Era un par de guantes de automovilista, bastante usados. Inmediatamente recordó el coche deportivo que había usado el sujeto que les salvó de una muerte segura.

Examinó los guantes con todo detenimiento. No ofrecían ninguna señal de particular, salvo en uno de ellos que se veía una mancha extraña, cerca de la parte correspondiente a la muñeca.

Dejó los guantes en el mismo sitio y se dirigió hacia la puerta.

Abrió con cautela. El corredor estaba desierto.

Minutos después, salía a la calle.

La chica le reconoció en el acto. Días atrás, ella le había dado unos informes.

—Hacía tiempo que no te veía —dijo.

Hendrix sonrió.

—Podemos celebrarlo, tomándonos una copa juntos —propuso.

—Acepto —contestó ella en el acto—. Ah, me llamo Maggie.

—Hola, Maggie. Yo soy Lester. Todavía no te he dado las gracias por facilitarme el domicilio de Skelton.

—Eso no tiene importancia, Lester —dijo Maggie, con la sonrisa en los labios—. ¿Necesitas algún domicilio más?

—Esta noche, no. —Ya les habían servido las copas y Hendrix levantó la suya—. Salud, Maggie.

—Salud, Lester.

Bebieron. Luego, Hendrix dijo:

—Pero sí querría que me dijeras una cosa, Maggie.

—¿De qué se trata, Lester?

—Hinnis. Quiero verle.

Maggie hizo un gesto negativo.

—Hace noches que no viene —contestó.

—Extraño, ¿verdad?

—El dueño dice que está enfermo.

—¿No será algo peor, Maggie?

—No creo, porque sé que ha hablado con él por teléfono. Pero eso es todo lo que puedo decirte, Lester.

Hendrix extendió las manos, resignado.

—Lástima —dijo.

—¿Te interesaría mucho hablar con él?

—Hombre, no sé qué decirte...

—Aguarda un poco, Lester.

Maggie se alejó. Cinco minutos más tarde, regresó al mostrador.

—Calle Peverton, ochenta y dos —informó—. Me ha costado un poco; es un domicilio reservado de Hinnis. Pero me lo ha dicho una chica que estuvo con él hace algún tiempo.

Hendrix sacó unos billetes.

—Repártelos con esa buena chica —dijo.

—Siento que te vayas —sonrió Maggie.

—Quizá vuelva otro día, sin prisas —contestó Hendrix.

El ochenta y dos de la calle Peverton era una casa situada en uno de los barrios extremos de la ciudad, de aspecto bastante modesto. Las luces estaban apagadas.

Hendrix buscó la trasera del edificio. La cocina se hallaba desierta y con la luz apagada.

Entró por la ventana; la puerta estaba cerrada con llave. Cruzó la cocina y se asomó al otro lado.

Hinnis estaba sentado en un sillón, con una botella de refresco en la mano, contemplando un programa de televisión. Al lado, sobre una silla, Hendrix divisó una pistola.

El dueño de la casa no se dio cuenta de que tenía compañía, hasta que vio que una mano se apoderaba de la pistola. Trató de impedirlo, pero la boca del arma se apoyó en su frente.

—Siéntese, Hinnis —ordenó el investigador.

Hinnis obedeció, temblando de pavor.

—¿Qué... qué es lo que quiere usted? —preguntó.

—Sólo una cosa —respondió Hendrix—. Darle una oportunidad de seguir viviendo, aunque bien sabe Dios que no me faltan ganas de apretar el gatillo. Pero lo haré, si no contesta puntualmente a cada una de mis preguntas.

Hinnis fijó la vista en el rostro de su inesperado visitante y comprendió que, si no cedía, sería inútil esperar piedad.

CAPÍTULO XIV

—¿Qué es lo que quiere? —inquirió el rufián.

—Usted era el brazo derecho de McCody. Voy a olvidar que fue uno de los que tramaron y ejecutaron el asesinato de Diana Cull, pero dígame sólo una cosa: ¿Dónde tiene McCody sus libros secretos? Y no me responda que lo ignora, porque no me lo creeré.

La nuez de Hinnis subió y bajó espasmódicamente.

—E... en su despacho. Hay un cuadro, con un barco de vela. Detrás está la caja fuerte, pero hay que apoyar antes la mano izquierda a un palmo del borde, porque así se desconecta la trampa que hay en su interior.

—¿Qué trampa, Zack?

—Una escopeta recortada, con postas.

—Muy bien. Ahora, la clave.

Hinnis se la dio. Hendrix la apuntó en un papel.

Luego dijo:

—Usted está escondido por miedo a McCody, pero ¿no se le ha ocurrido pensar que él también ha podido hacer investigaciones para conocer este escondite secreto?

Hinnis se puso lívido.

—¿Usted cree?

—Zack, cuando uno quiere tener un escondite secreto no se lleva como acompañante a una de las chicas de La Sirena de Plata. Ni cinco minutos me costó a mí averiguarlo, conque imagínese McCody, si le da por pensar que usted también es un estorbo.

Hendrix sonrió. Por precaución, se llevó la pistola.

Salió de la casa. Su coche estaba a unos cien metros de distancia. Lo había dejado allí para que Hinnis no oyera el motor de un automóvil parándose delante de su casa.

Caminó con paso rápido, pasando por delante del automóvil de Hinnis. Siguió adelante, y, de repente, oyó pisadas muy rápidas.

Volvió la cabeza. Hinnis salía de la casa, corriendo como un demente, con un maletín en la mano.

Hendrix sonrió.

—Un canalla menos en Yarrow Harbour —dijo.

Había dado media docena de pasos, cuando, de súbito, percibió a sus espaldas un vivísimo relámpago, seguido de una atronadora detonación.

La onda explosiva le hizo vacilar. En las casas vecinas se oyó ruido de vidrios rotos.

Giró en redondo. El automóvil de Hinnis era una masa de llamas.

Se estremeció.

—Por fortuna, tuve tiempo de alejarme —comentó para sí.

—Le conectaron unos cartuchos de dinamita al arranque eléctrico del automóvil. Cuando dio el contacto, se produjo la explosión y...

Chloe cerró los ojos.

—Basta, Lester, por favor —suplicó.

—Lo siento, Chloe —se disculpó él.

Hubo un momento de silencio.

—Bien —dijo ella al cabo—, ¿qué ha habido de su idea?

—Sólo he podido encontrar un nombre, Starkey, y un par de viejos guantes de automovilista. Uno de ellos estaba algo manchado, pero no he podido dar con el origen de la mancha.

—¿Nada más, Lester?

—Imagino que el nombre de Starkey es falso. Tiene cuarenta años, es alto y distinguido y cojea ligeramente al andar, defecto procedente de una herida de guerra.

—Algo es algo, ¿no cree?

—Si el nombre de Starkey, evidentemente, es falso, la identidad física lo será también, Chloe. No es tan difícil disfrazarse y fingir una cojera.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Eso es verdad —reconoció.

De nuevo callaron. A los pocos momentos, Chloe preguntó:

—Lester, ¿ya no tiene miedo?

—Bueno, Chloe, no es que me las dé de valentón, pero... creo que la cosa va acercándose a su fin. En la guerra pasé mucho más

miedo. Recuerdo sobre todo una vez en que tuvimos que descolgarnos por unos espantosos acantilados. El enemigo se había parapetado en unas cuevas y no había forma alguna de batirle. Sólo se podía conseguir atacándolo desde arriba... y había ciento cincuenta metros de pared vertical. Íbamos Jimmy Frando y yo, en nuestra patrulla de batidores y para él, aquella operación, fue como un juego. En cambio yo, temía más al vértigo que a las balas del enemigo.

Hendrix se calló de pronto.

Chloe le miró extrañada.

—¿Ya se ha acabado la historia? —preguntó.

Hendrix se puso en pie y empezó a pasearse por la estancia, a la vez que accionaba con las manos y hablaba consigo mismo, en un bisbiseo inaudible para la muchacha.

A Chloe le pareció que Hendrix contaba algo, pero no podía entender de qué se trataba. Súbitamente, Hendrix se volvió hacia la muchacha.

—Ya está —dijo—. Pero ¿cómo he podido ser tan tonto?

—¿Lo ha descubierto? —inquirió Chloe ávidamente.

—Sí. Lo tenía delante de las narices... ¡Oh, qué maldito idiota! —se apostrofó a sí mismo.

Súbitamente, echó a correr.

—¿Adónde va usted? —gritó Chloe.

—A buscar al Asesino Poeta.

Chloe arrancó en el acto.

—¡Aguarda, Lester! —pidió, volviendo al tuteo primitivo—. Si crees que voy a dejarte solo en esta ocasión, estás muy equivocado.

Los ojos de Hendrix recorrieron el amplio estudio, donde había varias telas a medio acabar. El resto del departamento se hallaba desierto.

—El no está —dijo Chloe.

Hendrix hizo un signo de asentimiento.

—Yo me imagino adónde puede haber ido —contestó.

—¿En busca del último de la serie?

—Sí. Y no hace mucho que ha salido Chloe.

—¿Cómo lo sabes, Lester?

Hendrix señaló un cenicero, en el que aún humeaba un cigarrillo.

—¿Lo ves?

Ella asintió. Hendrix siguió.

—Sólo un hombre como él, de nervios tan templados, podría haber subido al piso duodécimo de una casa y tú tenías también razón al presentir que era mejor que lo que demostraba en sus versos. No es que sea digno de figurar en las antologías, pero quería dar a entender que los versos procedían de alguien que trataba de comunicar un mensaje mejor o peor rimado. Por último, dos detalles: el coche deportivo. Yo sabía que lo tenía, que lo tiene aún, claro, aunque entonces no supe relacionarlo. Finalmente, la mancha de los guantes.

—¿Has identificado su origen, Lester?

—Sí. Pintura. Trató de borrar la gota que, inadvertidamente, había caído sobre el guante con un poco de trementina, pero no fue un remedio muy bueno. La piel quedó afectada por el líquido.

—Comprendo —Chloe paseó la mirada por el estudio—. No tiene mal estilo, Lester.

—Lo hace bastante bien, es preciso reconocerlo. En cambio, hay algo que no acabo de entender.

—¿De qué se trata, Chloe?

—¿Por qué lo hizo?

La joven calló. Hendrix reflexionaba.

Pasados unos momentos, buscó el teléfono mientras decía:

—Por más que me esfuerzo, no logro comprender sus razones, Chloe.

—Sí, es extraño. Un hombre como él, joven, rico, con el mundo a sus pies como suele decirse... ¿por qué se metió a justiciero?

—Ya lo dirá cuando lo detenga la policía —respondió Hendrix, mientras marcaba un número telefónico.

—Sí, pero ¿dónde está ahora?

—¿Dónde? —exclamó Hendrix—. En el único sitio de la ciudad en que podría hallarse. En casa de James McCody.

James McCody se sentía tremendamente nervioso.

La casa estaba bien guardada, por supuesto. Afuera tenía dos guardaespaldas armados hasta los dientes. Si el Asesino Poeta quería llegar hasta él, tendría que enfrentarse con sendas pistolas ametralladoras.

Sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor de la frente.

Vacilaba.

¿No le resultaría conveniente un momentáneo alejamiento de Yarrow Harbour? Dinero tenía suficiente y una retirada a tiempo podía convertirse más tarde en una victoria. Ceder un poco, para atacar más tarde a fondo.

Agarró una botella y vertió parte del contenido en un vaso. La mano le temblaba, el tintineo de la botella contra el vaso se dejó oír claramente.

Bebió con ansia. El alcohol pasó como fuego líquido por sus fauces. De pronto, se echó a reír.

¿Por qué había de tener miedo, él, un hombre todopoderoso? ¿No tenía quién lo defendiera?

Sí, debía desechar sus temores, sobre todo, ahora que Hinnis se había ido al infierno. La única cosa que podía comprometerle eran sus libros secretos y estaban bien guardados en la caja fuerte.

Claro que alguien podía sentir la tentación de abrirla, pero, si lo hacía, se llevaría un buen chasco.

Bueno, lo cierto es que no tendría tiempo siquiera de llevárselo, pensó de mejor humor. Y alargó la mano hacia la botella.

Una voz suave dijo de pronto:

—¿Por qué no sirve dos copas, Mac?

La mano de McCody tembló con tal violencia, que la botella se escapó de sus dedos y resbaló hasta el suelo, estrellándose con gran ruido. El licor se esparció por el entarimado, pero McCody no pareció advertirla siquiera.

Volvió la cabeza. Con ojos desorbitados por el pánico, contempló al hombre que estaba frente a él, vestido enteramente de negro.

El intruso sonreía de un modo franco, abierto. En su mano derecha había una pistola con silenciador.

—¿CÓ... cómo ha entrado en mi despacho? —preguntó McCody—. Había dos hombres armados.

—Ustedes, me refiero a los tipos de su clase, se aferran a métodos rutinarios —contestó el intruso despectivamente—. Carecen de imaginación, salvo para una cosa: robar y asesinar. Pero no han variado de método desde los años veinte. Sus esbirros están dormidos por una granada de gas narcótico y el sueño les durará una hora larga, por lo menos.

McCody sintió que le flaqueaban las piernas.

—Entonces... ¿ha venido a matarme? —preguntó, con un hilo de voz.

—Eso depende de usted mismo, Mac —dijo el visitante sorprendentemente.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó McCody, extrañado.

—Quiero la clave de la combinación de su caja de caudales. Entregaré a la policía lo que hay dentro. Usted, por supuesto, irá con los libros secretos. Si accede a mi petición, vivirá. De otro modo, considérese ya difunto.

CAPÍTULO XV

McCody no salía de su asombro.

—Pero usted... dijo que me mataría.

—Dije que mi pistola lo diría. Si me dice la clave de la caja o bien la abre usted voluntariamente, le respetaré la vida. De lo contrario, le pegaré dos tiros.

Jimmy Frando sonrió.

—No me entiende, ¿verdad? —Siguió—. Creo que para usted sería un castigo mucho peor verse encerrado durante un buen puñado de años, añorando en la soledad de su celda los tiempos en que era dueño de Yarrow Harbour. Pero como, de todas formas, está acabado, lo mismo me da que vaya a parar a la cárcel que al cementerio. La decisión final es suya, Mac.

Hubo un momento de silencio. Frando alzó lentamente la pistola.

—Decídase, Mac —pidió con voz tensa.

McCody se estremeció.

—Aguarde un momento.

—No hay ya más plazos. Tiene usted cinco segundos para decidirse en un sentido u otro. Si cree que puede llegar a un arreglo conmigo, está muy equivocado.

McCody se frotó las manos contra las caderas. Sus palmas estaban húmedas.

—Bien, yo mismo abriré la caja —dijo al cabo.

Pasó junto a la consola. De súbito, agarró una botella y la lanzó hacia su visitante con tremenda fuerza.

Casualmente, el improvisado proyectil alcanzó la pistola de Frando, arrebatándosela de las manos. McCody lanzó un aullido de alegría y metió la mano en el interior de su chaqueta, donde guardaba una pistola en una funda sobaquera.

Frando saltó hacia él y le agarró la mano cuando ya la pistola

salía a relucir. Con gesto velocísimo, le dobló el brazo hacia atrás y luego, con el filo de la otra mano, descargó un golpe seco contra el miembro.

Se oyó un terrible alarido, a renglón seguido del ruido de un hueso al quebrarse. Sin darle tiempo a rehacerse, Frando agarró el brazo, izquierdo, se lo retorció también hacia atrás y descargó un segundo golpe.

Otro hueso chasqueó. El dolor hizo caer a McCody de rodillas. Sus brazos pendían inertes, sin fuerza.

Frando recogió su pistola y la apoyó en la nuca de McCody.

—La clave o disparo —exigió.

McCody, jadeando, con la cara bañada en lágrimas, a causa del terrible dolor que sentía, indicó la clave. Sabía que tenía los brazos rotos, pero en su mente latía la idea de que, al abrir la caja, su visitante moriría indefectiblemente. Después...

El dolor le venció súbitamente y rodó por tierra sin sentido.

Frando se acercó al cuadro que ocultaba la caja fuerte y lo hizo girar a un lado. Apoyó los dedos en una de las ruedecillas, pero entonces sonó una voz imperativa:

—¡No lo hagas, Jimmy!

Frando se volvió, sorprendido. Arqueó las cejas al reconocer a los recién llegados.

—Ah, eres tú, Lester —dijo sonriendo—. ¿Qué tal, señorita Aubert?

Chloe hizo una inclinación de cabeza. Frando dejó de sonreír al ver que su amigo estaba muy serio.

—¿Por qué me miras así, Lester? —preguntó.

—He averiguado que tú eres el Asesino Poeta —dijo Hendrix.

—¿De veras? ¿Cómo lo has sabido?

—Nos salvaste la vida el otro día, cuando querían asesinarnos, es cierto, Jimmy, pero hay cosas que, a pesar de todo, me desagradan. Encontré un par de guantes tuyos en el domicilio del fingido señor Starkey. Te cayó en uno de ellos una gota de pintura y tratste de limpiarlo con trementina, pero no dio resultado.

—Ah, entiendo.

—Y el coche deportivo. Escuchamos claramente el ruido después de que nos salvaste la vida de aquellos asesinos... y tus dotes de escalador... ¿Recuerdas el acantilado de Rhe-Shabang?

—No lo olvidaré jamás, Lester.

—Yo tampoco, Jimmy. Pero, dime, ¿por qué un hombre como tú, dueño de una gran fortuna, sin preocupaciones de ninguna clase, hiciste todas estas cosas?

—No me dirás que no eran gente que no merecían un castigo, Lester.

—Sí, Jimmy, de acuerdo, pero no era ése el procedimiento.

—Lester, te equivocas. Era el único procedimiento. La ley concede demasiadas escapatorias a tipos semejantes. Matan y roban casi impunemente. La ciudad estaba en manos de McCody y su banda, hábilmente diversificada. Nadie hacía nada ni se atrevía a levantar un dedo para detener el crimen y la corrupción. Alguien tenía que hacerlo.

—Y lo hiciste tú.

Los ojos de Frando centellearon.

—Se lo merecían —contestó—. Y si ahora pudiera, volvería a empezar de nuevo, Lester.

—Lo siento, pero, insisto, no puedo aprobar tus métodos.

—Apruebas, entonces, los de ellos.

—No es eso, Jimmy, no es eso. Trata de entenderme, te lo ruego, Sí, han muerto unos criminales... pero tú mismo te has convertido en un criminal como ellos, por más que te empeñes en sostener que has hecho justicia, y eso es lo que me duele, porque te estimo de veras.

Frando se encogió de hombros.

—Lo hecho, hecho está —respondió—. Y no me dirás que no he conseguido nada, porque conozco la clave de la caja fuerte.

—Yo también, Jimmy, pero no la abras. Tiene una trampa.

Frando levantó las cejas.

—¿Una trampa?

—Sí. Me lo dijo Hinnis. A propósito, ¿has puesto tú dinamita en su automóvil?

—No, Lester.

—Entonces, fue él —dijo Hendrix, señalando al caído.

—¿Lo ves? —sonrió Frando—. Otro motivo para eliminarlo.

—Sí, pero con la ley en la mano y no fuera de ella. Jimmy, apártate de la caja fuerte.

Frando entrecerró los ojos.

—Lester, parece que noto en ti un cierto tono hostil —observó.

—Hasta cierto punto, solamente.

—Vamos, vamos, no irás a decirme que piensas entregarme a la policía.

—La he avisado ya. Está a punto de llegar, Jimmy.

Frando se sobresaltó.

—Lester, no creí que pudieras hacer tal cosa con un amigo —se lamentó.

Y, de súbito, dio media vuelta y corrió hacia la ventana.

La puerta se abrió de golpe. El teniente Tolliver, pistola en mano, irrumpió, seguido de un par de hombres uniformados.

—¡Alto! —gritó, pero ya Frando se lanzaba como un obús a través de la ventana.

Los cristales estallaron ruidosamente. Frando cayó a la hierba del jardín, rodó un par de veces sobre sí mismo e intentó ponerse en pie.

Delante de él, brillaron varios fogonazos. Un revólver detonó con fuerza.

Chloe volvió la cara a un lado. Hendrix apretó los puños.

Tolliver se asomó a través del hueco. Un par de agentes estaban arrodillados junto a un cuerpo tendido sobre el césped.

—Está muerto, señor —informó uno de los policías.

Chloe abrió la puerta. Trató de sonreír para dar ánimos a Hendrix.

—Pasa, Lester —invitó.

Hendrix se quitó el sombrero.

—Hola —saludó.

Se sentó en un sillón. Chloe lo hizo en una silla, frente a él, con las manos en el regazo.

—¿Y bien? —preguntó.

—Los expertos de la Fiscalía están examinando los libros secretos de McCody. Hay material suficiente para enviarle a la cárcel durante casi toda su vida... cuando cure, naturalmente.

—¿Era cierto lo de la trampa, Lester?

—Sí, desde luego. Además, se le va a acusar del asesinato de Hinnis. El imperio del Zar del Puerto ha acabado, Chloe.

Ella suspiró.

—Ha muerto mucha gente —musitó—. Algunos eran decentes.

Mi hermano, Diana Cull.

—Sí, ha sido como una tempestad de sangre. Pero después de la tempestad, viene siempre la calma.

Hendrix miró a Chloe.

Ella sonrió. El gesto de Hendrix se dulcificó.

—¿Podré venir a verte otro día, Chloe? —consultó él—. Todos los días, Lester —respondió la joven.

—Resultará muy incómodo —se quejó Hendrix.

—¿Incómodo?

—Sí, y hay un medio de evitar esa incomodidad. Chloe sonrió.

—Acepto —contestó vivamente.

Entonces, Hendrix se puso en pie y se acercó a ella y la hizo levantarse.

—No te he pedido que te cases conmigo y ya me dices que si —sonrió.

—Es para tenerte siempre a mi lado; de este modo, no te fatigarás, ¡pobrecito!, en venir a verme a diario. Hendrix sonrió.

Luego se inclinó para besarla.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

“WESTERN”

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

“CIENCIA FICCION”

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

